compilación de
josé aricó

traducción de
mariano martín
sofía gallardo
oscar terán
stella mastrángelo

21254

alexandr v. chayanov
basile kerblay
daniel thorner
mark harrison

chayanov y la teoría de la economía campesina

introducción de
santiago e. funes

94
CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

BC
330.85
CHAc
ej. 2

primera edición en español, 1981
© ediciones pasado y presente
impreso y distribuido por siglo xxi editores, s.a.
av. cerro del agua 248, méxico, 20, d.f.

ISBN 968-23-1050-4

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN A LA UTOPÍA DE CHAYANOV, *por* SANTIAGO E. FUNES VII

VIAJE DE MI HERMANO ALEXIS AL PAÍS DE LA UTOPÍA CAMPESINA, *por* ALEXANDR VASILEVICH CHAYANOV 1

SOBRE LA TEORÍA DE LOS SISTEMAS ECONÓMICOS NO CAPITALISTAS, *por* ALEXANDR VASILEVICH CHAYANOV 49

CHAYANOV Y LA TEORÍA DE LA ECONOMÍA CAMPESINA

A. V. CHAYANOV: SU VIDA, CARRERA Y TRABAJOS, *por* BASILE KERBLAY 83

UNA TEORÍA NEOPOPULISTA DE LA ECONOMÍA CAMPESINA: LA ESCUELA DE A. V. CHAYANOV, *por* DANIEL THORNER 138

CHAYANOV Y LA ECONOMÍA DEL CAMPESINADO RUSO, *por* MARK HARRISON 153

INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS 189

ÍNDICE DE NOMBRES 191

INTRODUCCIÓN A LA UTOPÍA DE CHAYANOV

La edición de *El signo del zodiaco*[1] del viernes 5 de septiembre de 1984, 23:00 horas, incluye un artículo de Alexei Minin —protagonista de dos diálogos centrales ("recomendados a la particular atención de los miembros del Partido Comunista") con el viajero a la utopía campesina escrita por A.V. Chayanov y publicada en 1920 por las prensas estatales soviéticas. En ese artículo, Minin afirma el carácter fundamental que tiene para la vida y la cultura de 1984 el método de resolución de los problemas económicos y sociales por la acción de la comunidad, y no mediante la fuerza de la compulsión estatal. Un imaginario decreto de 1928 acerca de los inalienables derechos individuales sostiene el mencionado método, decreto que habría hecho posible el sometimiento del estado a una condición de obediente instrumento de la individualidad humana, y habría destruido el fetiche de los derechos soberanos del propio estado. En su presentación a la reciente edición italiana del *Viaje de mi hermano Alexei al país de la utopía campesina*, Vittorio Strada ha afirmado que se trata de una intervención consciente en una situación histórica dada. Quizá el rasgo más interesante de esa intervención —de donde surge, tal vez, la necesidad de una lectura actual de Chayanov más amplia que la limitada a sus contribuciones económicas y técnicas acerca de la economía campesina— resida en el vínculo que el *Viaje* establece entre desarrollo económico y tecnológico y forma de organización de la sociedad y de participación de los individuos en esa organización.

"Para nosotros, informa Minin en su diálogo con el viajero, no sólo es importante el *qué* queremos lograr, sino también el *cómo* puede lograrse." El texto utópico se refiere así explícitamente al debate en curso en los primeros años de la Revolución de Octubre. No sería suficiente, entonces, considerar al *Viaje* como un simple refugio en la utopía, como indica Kerblay; ni tampoco sería satisfactoria una explicación por la historia personal, en particular, por su formación y sus afinidades, para agotar la significación del texto de Chayanov. Si, como quiere Bloch, la utopía social sin juegos ni sendas extraviadas labora después de Marx como utopía concreta, como camino desde la utopía a la ciencia, con el cometido sin engaño del proletariado revolucionario detrás de sí,[2] el problema se plantea —como Archetti lo ha intentado para la relación y las formas de convergencia entre Chayanov y Marx— [3] en debatir el carácter concreto del pensamiento utópico en el *Viaje* como alternativa presente y permanente al desarrollo histórico de las formas socialistas.

---

[1] Se trata de un periódico de Moscú en 1984, incluido en algunas ediciones del *Viaje*.

En todo caso, que se trataba de una contribución fuerte en las discusiones de 1920 parece estar comprobado por una probable intervención de Lenin para favorecer la publicación del *Viaje* (veinte mil ejemplares contra una tirada habitual de solamente mil). Sobran en la actualidad los motivos para considerar abierto el problema. Y es quizás ése, el debate abierto acerca del carácter concreto de sus sueños políticos, el principal legado de Chayanov cuando un 20 de marzo de 1939 fue fusilado en la cárcel de Alma-Ata.

I.

En su ensayo de 1979 sobre "A.V. Chayanov narrador",[4] Leonid Certkov reconstruye la historia de la segunda profesión del autor del *Viaje*. En 1906 escribió *Kogda padajut na zemiu zeltye list'ya* [Cuando caen las hojas amarillas], obra teatral que narra las tribulaciones de un joven en búsqueda de su ubicación con su entorno. Publicó en 1911 una recopilación de poemas, *Lëlina knizka* [Libro de Lelia], cuyos textos iniciales databan de 1908. En 1921 publicó también una breve tragedia, *Obmanschiki* [Los impostores], que le valió ser incorporado en 1928 a la Sociedad de escritores y compositores dramáticos de Moscú. Al comienzo de la década de los 20 compuso una cantata en verso para las lecciones de gimnasia rítmica basadas en el método de Dalikroz, musicalizada por Anatoli Aleksandrov.

Por estos mismos tiempos de su producción literaria juvenil, Chayanov inició también sus trabajos de historiador e historiador del arte. Certkov carece de información acerca de una formación específica en la materia, pero señala el carácter profesional de los resultados en este campo. En cuanto historiador, publicó como apéndice al texto de R. Krchimovski, *La evolución de los principios de la ciencia agrícola en Europa Occidental,* el trabajo sobre "Las líneas fundamentales del pensamiento agrario ruso en el curso de dos siglos"; también un artículo a propósito de la muerte de E.P. Zitenev, en 1918; una semblanza del ambiente ruso en 1870 está incluida en una biografía de A.N. Grigoriev publicada junto con el *Prontuario* de los materiales estadísticos de los zemstvo de 1860 a 1917; en un artículo sobre N.N. Chudiakov se advierte la influencia de las lecturas de Mach, Poincaré y Avenarius en la juventud de Chayanov. Se mencionan asimismo una "Galería de las personalidades en la Sociedad Agraria de Moscú", 1921; una "Historia de la Escuela Superior de Agricultura de Petrovsko-Razumovskoe", 1927, y el libro *El pasado y el presente de Petrovsko-Razumovskoe,* publicado en Moscú en 1927.

Fue un especialista, también, en cuanto a la historia y la topografía de la ciudad de Moscú. Sus trabajos más importantes se han perdido luego de su arresto en 1929: se sabe que trabajó en la historia del mapa de Moscú ("Hipótesis sobre la situación topográfica de Moscú en el siglo xv" [1921]; "El plano de la ciudad de Moscú en el siglo xviii" [1920]). Certkov cita materiales del *Samizdat* según los cuales Chayanov habría llegado a concluir que la planimetría de Moscú antigua tenía la forma de una espiral cortada en forma radial. Escribió artículos sobre la historia de la plaza Mijussy (1918); compiló la carta arqueológica de la zona de Moskvorecie y realizó el mapa de la Moscova de Zvenigorod a la colina Nikolina. En esta colina realizó también estudios sistemáticos de arqueología. Estas preocupaciones de Chayanov le permitieron ofrecer lecciones de historia y topografía de Moscú, sobre las cuales advertía que no se trataba de realizar una historia general de la ciudad, sino de ocuparse de "una historia más íntima"; que si bien era novedosa para el caso de Moscú, en su método no se diferenciaba del que habían utilizado los hermanos Goncourt para escribir la historia de París.

Se interesó en grabados, íconos, libros antiguos y porcelanas. Escribió sobre "El coleccionismo en Moscú, antiguo. Las colecciones de los siglos xvi y xvii" (1922) y los trabajos de historia del coleccionismo en Rusia. Y también acerca de "Libros antiguos sobre la historia de Moscú" (1920); "Marcas tipográficas y editoriales de libros publicados en Moscú a fines del siglo xviii y principios del xix" (1925); "Decoraciones calcográficas de las ediciones moscovitas del siglo xviii" (1926) y sobre "algunas del círculo de Novikov" (1929).

Dentro del movimiento cooperativo Chayanov realizó una intensa actividad como historiador del arte. Fue elegido presidente de la comisión de cultura y miembro del Consejo para la custodia de los bienes artísticos en el Soviet de los Congresos Panrusos del Movimiento Cooperativo, en 1918. A ello se vinculan sus presentaciones sobre "El movimiento cooperativo y la cultura artística" (1928) y sobre "El movimiento cooperativo y los bienes artísticos de Rusia" (1919).

---

[2] Cf. Ernst Bloch, *El principio esperanza,* Madrid, Aguilar 1979.

[3] Eduardo Archetti, "Presentación a A.V. Chayanov, La organización de la unidad económica campesina", en *Economía Campesina,* Lima, Desco, 1979.

[4] Leonid Certkov, "A.V. Cajanov narratore", en *Viaggio di mio fratello Aleksej nel paese dell' utopia contadina,* Turín, Einaudi, 1979.

Como historiador del arte también contribuyó en la obra de su segunda mujer, O. E. Chayanova, acerca del teatro ruso; en el artículo sobre el teatro de Petrovsko-Razumovskoe (1924) y en una monografía sobre *El teatro Médoks.*

A fines de 1928 fue recibido en la Unión Panrusa de Escritores; su obra literaria había suscitado por entonces una cierta estimación. Se preparaba una edición de sus *Fantasticheskie povesti* [Relatos fantásticos]. Por esa misma época Chayanov habría escrito, por encargo se dice del propio Stalin, *Autarquía (el estado aislado),* algo nada sorprendente si se tienen en cuenta las preocupaciones centrales del momento en la cúpula del estado soviético, y otros trabajos de Chayanov como economista: *Ensayo de estudio del estado aislado* (1921) y *El futuro posible de la agricultura* (1928).

En julio de 1929 A. V. Chayanov fue arrestado, luego de la disolución de la Academia Agraria y de la represión a sus maestros más conocidos —A.G. Doiarenko, A.N. Chelincev, N.P. Makarov. Es precisamente Makarov, citado por Certkov, quien relata que Chayanov escribió en la cárcel un libro de cocina y una novela, *Jurij de Suzdal,* que contenía un fresco histórico de Rusia en el siglo XIII. Tras cinco años de prisión, Chayanov fue confinado en Alma-Ata, donde trabajó en actividades que le fueron asignadas conforme a su profesión. Fue arrestado una vez más en 1937, y fusilado dos años después.

II.

Este rostro múltiple de Chayanov, su simultánea y permanente preocupación por todas las formas de la vida de su tiempo, parecen estar expresadas en cinco novelas que publicó entre 1918 y 1928. Con ellas habría llevado a término el proceso de creación de la novela romántica rusa, a cien años de distancia. Hawthorne, Poe, Andersen, Wegener, Renard, Muratov, entre otras lecturas, están presentes en estos relatos donde la magia se entrecruza constantemente con la reconstrucción de los rasgos precisos de la sociedad en que transcurren.

La última de esas novelas, publicada en Moscú en 1928, *Julija ili vstreci pod Novodevichem* [Julia o los encuentros en Novodevichi], sucede en Moscú hacia 1827. "Sobre el fondo de la vieja ciudad —escribe Certkov—, tratada como siempre con gusto refinado, se desenvuelve la historia del narrador, un joven corriente de la buena sociedad, que se enamora de una desconocida que hace misteriosa aparición acompañada de un jorobado de aspecto siniestro." Se trata de un fantasma, precisamente el de la madre del jorobado, que la convoca mediante una pipa de especiales características. En *Venediktov ili dostopamiatnye sobytiia zizni moei* [Venediktov o los hechos memorables de mi vida], Moscú, 1921, Bulgakov cuenta sus fantásticas aventuras y competencias con Venediktov, extraño personaje que posee unos triángulos de oro que le confieren poderes sobre ciertos individuos, y con Seidlich, quien tiene la curiosa característica de haber nacido de un hombre encantado por Mesmer, tras la conquista de una actriz del teatro Médocks, Nastenka. Para conquistarla, los personajes deben pasar por una serie de pruebas, que se desencadenan junto con una detenida descripción de Moscú hacia 1805. Pruebas sucesivas que también constituyen el trazo de la acción en *Istoriia parikmacherskoi kukly ili poslednaia liubov moskovskogo architektora M.* [Historia de la muñeca del peluquero o el último amor del arquitecto M.], publicada en 1918 y que sucede en los primeros años del siglo XX. En la vitrina de un peluquero, el arquitecto encuentra una figura de cera que le recuerda a una célebre artista —hermana siamesa. La búsqueda ocupa buena parte de Europa, hasta que en Venecia el encuentro da lugar a un borrascoso amor que finaliza en desastre. Otra vez se leen, en esta obra inicial de la serie fantástica, cuidadas descripciones de las ciudades en que ocurre el tránsito hacia lo extraordinario. En *Venecianskoe zerkalo ili dikovinnye pochozdenia sekliannogo cheloveka* [El espejo veneciano o la curiosa aventura del hombre de vidrio], Berlín, 1923, Chayanov se ocupa de las desventuras de Alexei, que a inicios del siglo XIX compra un espejo mágico, y se ve sustituido por su propia imagen materializada. Se trata de la menos "histórica" de sus obras fantásticas, "con excesivo espacio para el elemento erótico" (Certkov). En una carta de mayo de 1923, Chayanov expresa: "Sea tan gentil de escribirme si vale la pena publicar esta novela, o si es mejor ponerla en la carpeta de mis manuscritos inéditos. Personalmente, pienso que *El espejo* ha tenido continuos cambios [...] y no puedo ya trabajarla más. De usted que es mi primer crítico literario espero la última palabra. Si cree usted que sea el caso publicarlo, será preciso pensar en el ilustrador, puesto que querré hacer, como para el *Venediktov,* la cubierta [...]". La novela más extensa de este segmento de la obra de Chayanov —alrededor de cien páginas en formato pequeño— tiene lugar en el siglo XVIII; *Neobycainye, no istinniye pochozdeni ia Fëdora Michailovica Buturlina* [La extraordinaria pero auténtica aventura de Fedor Michailovic Buturlin] fue escrita en 1923 durante una estancia del autor en Heidelberg, "durante el tiempo que me deja libre el trabajo científico". Buturlin tiene un nefasto encuentro con el conde Brius, mago y hechicero, que confunde su destino, y lo obliga a un camino de peripecias en busca de un incunable donde espera el secreto de su nacimiento. Un incendio, por fin, consume ese secreto, que será por lo demás en adelante del todo indiferente para Fedor Buturlin.

En opinión de Leonid Certkov esta serie de relatos fantásticos, publicados con el pseudónimo de Botánico moscovita X, constituyen el más significativo entre los numerosos intentos por crear la novela romántica rusa durante el siglo xx. Chayanov dispone al mismo tiempo de una distancia de más de cien años de las obras iniciales de los románticos rusos, demasiado apegados a los modelos alemanes (Hoffman, Tieck, Jean-Paul), y de un conocimiento preciso acerca de la historia rusa. "Por así decirlo, aprovechando la pátina romántica que el tiempo había arrojado sobre el fondo ambiental del inconcluso romanticismo ruso, y sabiendo introducir en él, orgánicamente, la ficción fantástica, le dio vida." [5]

III.

El *Viaje de mi hermano Alexei al país de la utopía campesina* fue editado en Moscú en 1920, bajo el pseudónimo de Ivan Kremnev. Tras una reunión en el Museo Politécnico, previa al decreto del 27 de octubre de 1921 que ordenará la destrucción de los hogares, Alexei Kremnev repasa a las imágenes de W. Morris, Tomás Moro, H. Bellamy, Fourier, los textos de Herzen. El viaje al futuro se produce rápidamente en el relato, y el "miembro del Consejo Económico Mundial, supresor del movimiento campesino ruso" se encuentra en Moscú, 1984. Ante él se despliega entonces, no el bendito reino del socialismo, ni la maravillosa anarquía de Kropotkin, ni tampoco el capitalismo restaurado, sino un nuevo, hasta allí desconocido sistema social. Moscú le aparece con una frescura, una confianza cierta y distintiva. Al ingresar en ese mundo inesperado, Kremnev obtendrá una información creciente y detallada sobre la evolución de los sistemas sociales en el planeta a partir del triunfo global del socialismo, y en particular, acerca de las transformaciones en la Unión Soviética luego de que en 1934 el poder estuvo firmemente en manos de los campesinos y "el gobierno de Mitrofanov, al que una larga práctica había convencido de los peligros que representan para un régimen democrático las enormes concentraciones urbanas, decidió [. . .] la eliminación de las ciudades de más de 20 000 habitantes."

Con cierta ligereza se ha afirmado que esta imagen de Chayanov a propósito de la constitución de un país descentralizado, organizado como una extensa red de asentamientos rurales que utilizan pequeños núcleos urbanos para los servicios y la recreación, correspondería a una ideología de la *intelligentsia* rusa cosmopolita, más que a una expresión de la tradición campesina.[6] Por otra parte, en el prólogo de 1920 al *Viaje,* firmado por "P. Orlovski", se dice que "como un ideólogo del campesinado medio" el autor deposita todas sus esperanzas en esa clase, la hace cumplir un papel decisivo en el curso futuro de la revolución y dirige el desarrollo de la sociedad rusa en el camino de las demandas y aspiraciones de esa clase. Preciso sería revisar más cuidadosamente el sentido de esta utópica organización social, justamente en un punto en que no puede disociarse el sueño literario (o la intervención en un debate político) del estricto conocimiento científico del propio Chayanov.

En efecto, de ese conocimiento arrancan, simultáneamente, una conjetura sobre el control del clima —presente también en la utopía de 1984— y una predicción —en 1928, en el artículo sobre el futuro posible de la agricultura— sobre técnicas hidropónicas de cultivo y fábricas de alimentos. Una organización descentralizada del país puede también pertenecer a ese mismo tronco de reflexiones. Se trataría, en este sentido, de un camino de estructuración de la sociedad conforme a una evolución posible del desarrollo técnico y económico, camino distinto del que obviamente eligió la Unión Soviética y ha recorrido hasta ahora la sociedad moderna.

"[En Rusia], gracias a una excepcional combinación de circunstancias, la comuna rural, establecida todavía a escala nacional, puede irse desprendiendo de sus caracteres primitivos y desarrollando directamente como elemento de la producción colectiva en escala nacional. Es precisamente gracias a la contemporaneidad de la producción capitalista como puede apropiarse todas sus adquisiciones positivas y sin pasar por sus peripecias espantosas",[7] dice Marx en 1881 en sus borradores de la respuesta a Vera Zasúlich (carta del 16 de febrero de 1881). No es excesivo, pues, asignar a la utópica organización de Chayanov en 1984 un vínculo de continuidad con estas preocupaciones marxianas acerca de la posibilidad de un camino no capitalista en Rusia (puesta de relieve en la reciente y formidable edición de la correspondencia con Danielsón establecida por José Aricó).[8] Sí lo es, en cambio, eliminar de la comprensión del planteo utópico el casi excepcional valor de los conocimientos de Chayanov a propósito del horizonte de evolución de la agricultura y de los campesinos. Porque de una u otra manera esa eliminación insiste en una tradición de desconocimiento de lo rural y de los rurales, desde el punto de vista técnico y desde el punto de vista de sus organizaciones sociales-productivas, que ha caracterizado el comportamiento de estados y partidos socialistas en diversas partes del mundo a partir de 1917. Desconocimiento que arriesgó en muchos casos la instalación de un proyecto de sociedad construido sobre los restos de grandes masas de población, cuya descomposición era en el fondo asumida como necesaria (y ya no inevitable secuela del capitalismo) para la construcción de un futuro revolucionario, convertido el proletariado revolucionario en un nominalismo portador de una imagen de progreso ella sí heredada sin crítica.

---

[5] Leonid Certkov, *op. cit.*

[6] Cf. Basile Kerblay, en este mismo volumen.

[7] Karl Marx, Friedrich Engels, *Escritos sobre Rusia, II. El porvenir de la comuna rural rusa,* Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1980.

[8] Karl Marx, Nikolái F. Danielsón, Friedrich Engels, *Correspondencia 1868-1895,* México, Siglo XXI, 1981.

IV.

En el régimen de 1984, el clima está controlado mediante una complicada red de artefactos. Queda borrada así en la sociedad de campesinos su principal milenaria obsesión: la incertidumbre. El riesgo en las explotaciones parcelarias intensivas queda sometido a la aptitud tecnológica alcanzada. En su texto, Chayanov es crecientemente sensible a una idea de dominio de los hombres sobre su medio y sobre sus organizaciones. Su futuro utópico extrema los resultados: el clima no sólo ha sido apropiado para la reproducción, sino también ha sido conquistado como instrumento de defensa. Basta arrojar sobre los ejércitos del estado alemán "que continuó con el régimen de 1920 sin desviaciones" la fuerza de la naturaleza para defender las fronteras de la utopía campesina. Del sometimiento a la soberanía, el tránsito estaría expresando una percepción cara a la economía campesina: no solamente la liberación de las condiciones de producción, sino el mantenimiento de los límites del asentamiento rural ante fuerzas sociales externas que lo amenazan.

De una parte, el *Viaje* se entronca con la tradición campesina, y con sus proyectos utópicos cotidianos. Pero, además, el pensamiento que sostiene el tránsito aludido —uno de los focos de la intervención de Chayanov— está a su vez soportado en las minuciosas recomendaciones que realizara acerca de los puntos de interés para la investigación agronómica en Rusia, que implicaban un genuino programa de largo plazo y por cierto una línea de asignación del esfuerzo social dentro de un esquema de desarrollo productivo. De allí la importancia del texto en 1920: el *Viaje* dice de algún modo que es posible desde los campesinos resolver algunos de los principales problemas que aquejaban al régimen de los soviets; dice también que desde los campesinos es posible avanzar contra la incertidumbre que se abatía en esos tiempos iniciales de la revolución sobre el conjunto de la nación, como un sentimiento generalizado y disgregante; y también dice que desde los campesinos es posible obtener la fuerza, parte al menos de la necesaria, para mantener a esa nación en constitución en el contexto internacional. Podría entonces leérselo como una propuesta efectiva no sólo hacia la búsqueda de un desarrollo técnico productivo peculiar, sino también como una incitación a tematizar el propio proceso de supervivencia entonces en debate. Esto último tiene que ver, por cierto, con la noción de estado y de su comportamiento que describe Alexei Minin.

V.

"Tuvimos que resolver el problema del individuo y de la sociedad. Tuvimos que construir una sociedad humana en la que el individuo pudiera sentirse completamente sin trabas, mientras la sociedad se hacía cargo de los intereses comunes con métodos invisibles para el individuo", explica Minin al viajero en uno de los capítulos dedicados a los miembros del partido comunista. En la construcción de la sociedad utópica, se ha sido particularmente cuidadoso con el tema del estado, al que se recurre sólo cuando la necesidad lo dicta. El sistema establecido, cuyo eje es la existencia de consejos campesinos, se basa en la idea de responsabilidad directa de toda autoridad ante los grupos sociales a quienes sirve, y sólo las cortes, los órganos de control del estado y algunos campos en materia de comunicación están exceptuados de la aplicación de ese principio. Por otra parte, como se ha quitado al estado de toda función social y económica, el hombre corriente tiene muy difícilmente contacto con él. A cambio, una "fábrica social" conformada por distintos tipos de sociedades, cooperativas, congresos, ligas, periódicos, otros órganos de opinión pública, academias y clubes, constituye la vida de una nación descentralizada y flexible. El estado interventor y omnipresente ha quedado, en la historia de este país utópico, como un período de difícil pero aleccionadora recordación.

Más arriba se ha indicado un posible encuentro de la utopía con la tradición y la percepción de los campesinos. Basta ahora la simple glosa de una descripción que estimula por el detalle para acceder más plenamente a un ámbito superior de la propuesta de Chayanov, y a su actualidad. Núcleos sociales interactuantes, surgidos inicialmente de formas de contrapoder social y tendientes a constituirse en poderes locales, pudieron aparecer en la reflexión política reciente a propósito del movimiento social en América Latina. Otras experiencias inmediatas han dado lugar a una insistencia sobre el punto. Unas y otras se reclaman de una corriente permanente, aunque con frecuencia larvada, en el pensamiento revolucionario. El *Viaje* asumiría en este sentido la forma de una intervención anticipatoria, que si literalmente se asienta, en el texto, en la lectura de Herzen, no por acaso muestra puntos de contacto con un Marx que la realidad exige examinar más cabalmente. Pero es también una intervención concreta en una situación histórica dada, puntualiza Strada, y esto último entrega nuevos y dramáticos contornos a la propuesta en la Unión Soviética de la tercera década del siglo. Si Chayanov escribió un solo texto, y no resulta legítimo separar al novelista del historiador, al economista del agrónomo, al político del utopista, entonces el *Viaje* aparece como una confirmación de que el camino de un estado y una sociedad fetichizados, y de una constricción social permanente y creciente, del "despotismo ilustrado" que discute Chayanov, no era cuestionado sólo desde nichos cosmopolitas de la pequeña burguesía, sino también a partir de un conocimiento de la realidad rusa tan preciso como otros disponibles en el momento, y tan atento a la evolución inmediata y a las relaciones de fuerza internacionales como lo fueron los finalmente prevalecientes.

No hay razón decisiva para cercenar esta significación anticipatoria-concreta del *Viaje* de puntos de contacto con la tradición y las posibilidades del movimiento campesino en situación revolucionaria. Antes al contrario, así como la utopía social se habría convertido, después de Marx, en una utopía concreta, como cometido sin engaño de una clase social; así la utopía campesina tendría derechos a tornarse concreta en aquellas sociedades donde este tipo de formación basado en estrategias de producción-consumo todavía hoy alberga una potencialidad de desarrollo detrás de sus propios objetivos. La discusión acerca del estado pertenece, precisamente, al ámbito donde un proyecto alternativo encuentra su sentido y su capacidad de convocatoria y consensual. Y también pertenece al espacio donde las formas del movimiento social y sus instrumentos deben prefigurar inclusive los matices de la alternativa.

VI.

Un concepto propio de agrónomo es extendido en el *Viaje* hasta aparecer como una respuesta al problema "social (o cultural)" planteado en la construcción del régimen utópico: el de la situación de estabilidad de los sistemas. En efecto, se trataba de lograr una organización de la existencia social de las grandes masas de manera de asegurar, en condiciones de asentamientos rurales dispersos, las más altas formas de cultura, que por largo tiempo fueran monopolio de la civilización urbana, y para garantizar que el progreso cultural en todas las esferas fuese al menos igual que bajo cualquier otro tipo de institución social. Se optó, en esta historia fantástica, por mantener durante varias décadas a las masas en un estado de tensión psicológica, mediante el funcionamiento de una "Liga especial para la organización de la opinión pública" que estableció "docenas de mecanismos de estímulo y mantenimiento del dinamismo social de las masas". No sin riesgos, dice Minin, hasta alcanzar una capacidad de las masas campesinas para tomar parte activa en el modelamiento de la opinión pública del país. Así, hasta lograr "un sistema de agricultores campesinos trabajadores, donde el trabajo no está separado de la gestión creadora, donde la libertad de la iniciativa individual permite a cada ser humano desarrollar todo su potencial espiritual y simultáneamente le permite, cuando ello es necesario, hacer uso de todo el poder de la economía colectiva de gran escala y de las organizaciones públicas estatales". Situación de estabilidad autogeneradora se diría hoy, o, con Chayanov-Minin, "una vez que el pueblo ha alcanzado un alto nivel de cultura espiritual, se mantiene a sí mismo, automáticamente, y adquiere estabilidad interna".

Lograda la estabilidad, en 1984 puede dejarse a cualquier organización independientemente de su fuerza tratar de ir contra la opinión de quienes viven y razonan en los asentamientos rurales, y observar cómo de inmediato esa organización pierde su influencia y su autoridad moral. De este modo reflexiona Chayanov sobre la relación entre el poder revolucionario y las masas. Se trata de crear las condiciones para su evolución, para la manifestación de su potencialidad, mientras se crean los requisitos para la desaparición o la disolución en el cuerpo social amplio de los mecanismos de poder empleados en una fase inicial.

En este sentido no es sólo un problema de método lo que la utopía propone: la *técnica* de la dinamización social tiende a oscurecer una noción que podría emparentarse con el concepto de "hegemonía civil" trabajado por Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel*, para sociedades donde las relaciones internas de organización del estado y las internacionales se tornan más complejas y sólidas. Dice Gramsci: "Tarea educativa y formativa del estado que tiene siempre la finalidad de crear nuevos y más elevados tipos de civilización, de educar la 'civilización' y la moralidad de las más vastas masas populares a las necesidades del continuo desarrollo del aparato económico de producción y, por tanto, de elaborar también físicamente los nuevos tipos de humanidad".[9] A partir de esta concepción, la hegemonía civil se constituirá desde un poder político apoyado sobre la capacidad gestionaria de las masas.[10] Chayanov hubiera tal vez suscrito esta teoría sobre el papel del estado en el transcurso de una revolución a la que él sugería un camino basado —por las condiciones y las posibilidades que en ella asignaba al movimiento campesino— por así decirlo en una manera diversa de articulación del bloque en el poder a la prevista por Gramsci en este caso. Una "hegemonía civil" sostenida en la evolución del campesinado ruso que a su punto terminal encontraba en la propia naturaleza del consenso no sólo la posibilidad de un pluralismo en todos los órdenes, sino también el reaseguro contra una deformación del papel del estado en su constitución histórica. La condición de estabilidad del sistema utópico aparecería así como el reino de una hegemonía civil autogeneradora capaz de tornar invisible el papel del estado y borrarle toda función de intervención en la vida social y económica.

VII.

Que esta absorción del estado en una hegemonía se nos presente en el *Viaje* como realizada por campesinos —y poco importa al respecto que la gestión figure en el texto asignada a un grupo elitario de "artistas" goethianos— no limita el ya invocado carácter concreto de la reflexión de Chayanov, su fuerza anticipatoria y su contribución a un debate hoy actual y fundamental. Se trata, una vez más, de encontrar los caminos de acceso a ese sueño de un estado sometido a la condición de instrumento de la individualidad, de convertir el sueño en proyecto específico para cada formación social presente.

Y, finalmente, debería subrayarse la contribución de Chayanov a la continuidad de una discusión sobre las alternativas políticas para el movimiento social en buena parte de la humanidad. Para esa parte, como dice Wolf, formada por millones de individuos, ni primitivos ni modernos, que llamamos campesinos.[11] Ellos son portadores de formas peculiares de relación con el medio ambiente, han desarrollado y mantienen tecnologías que no necesariamente han mostrado su debilidad o inferioridad, y expresan de variadas maneras sus proyectos de vida. La útopía, entre ellos también, manifiesta

---

[9] Antonio Gramsci, *Escritos políticos 1917-1933,* Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977.

[10] Cf. Juan Carlos Portantiero, *Los usos de Gramsci,* Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977.

[11] Eric R. Wolf, *Los campesinos,* Barcelona, Labor, 1971.

el secreto de una organización social, de un orden de relaciones entre los hombres, de una vida no alienada. Manifiesta ciertamente también el proyecto de transformación, por el dominio, de la necesidad en libertad. Y no existen razones decisivas, aquí tampoco, para excluir ese laberinto de proyectos del horizonte de la humanidad. Bastará aumentar el conocimiento de su naturaleza y de sus contribuciones económicas, sociales, técnicas y culturales; bastará quizá cuestionar un orden de ideas impuesto al movimiento revolucionario desde un exterior que es precisamente su pasado y al que su existencia niega.

SANTIAGO E. FUNES

ALEXANDR VASILIEVICH CHAYANOV

VIAJE DE MI HERMANO ALEXIS AL PAÍS DE LA UTOPÍA CAMPESINA

CAPÍTULO PRIMERO, EN EL CUAL EL BENÉVOLO LECTOR TOMA CONOCIMIENTO DEL TRIUNFO DEL SOCIALISMO Y DEL PROTAGONISTA DE NUESTRA NOVELA, ALEXEI KREMNEV

La medianoche había transcurrido hacía tiempo cuando el poseedor de la libreta de trabajo núm. 37 413, en tiempos remotos llamado Alexei Vasilevich Kremnev en el mundo burgués, abandonó el gran auditorio del Museo politécnico, sofocante y atestado hasta la exageración.

La neblina de una noche otoñal oscurecía las calles adormecidas. Unos pocos faroles eléctricos parecían perderse en los dédalos de las lejanas callejuelas. El viento hacía temblar las hojas amarillentas sobre los árboles del paseo, y las murallas de Kitai-gorod[1] resaltaban en la oscuridad como una masa irreal.

Kremnev dobló en la calle San Nicolás. En la neblina, ésta parecía haber adquirido nuevamente su configuración primitiva. Cubriéndose en vano con la capa para escapar de la humedad penetrante de la noche, Kremnev observó con melancolía la iglesia de San Vladimir y la capilla de San Panteleimon. Recordó cómo tantos años atrás, cuando estaba matriculado en la facultad de jurisprudencia, había comprado temeroso, precisamente allí, sobre la derecha, en la librería de Nikoláiev, *El ABC de las ciencias sociales* de Flerovski, cómo tres años después había comenzado su colección de iconos, luego de descubrir en lo de Elisei Silin un "Salvador" de Novgorod; también acudieron a su mente las largas horas en que, con los ojos ardientes del prosélito, hurgaba los tesoros manuscritos e impresos del librero Sibanov, justamente allí donde ahora, a la débil luz de un farol, se podía leer la lacónica inscripción "Glavbum".[2]

Ahuyentando estos recuerdos delictuosos, Alexei se dirigió hacia la puerta de Iver, pasó ante la primera casa de los soviets, y desapareció en las tinieblas de las callejuelas moscovitas.

Pero en su cabeza ardían dolorosamente palabras, frases y fragmentos de frases oídas poco antes en el mitin realizado en el Museo politécnico:

---

[1] Antiguo barrio mercantil, al nordeste del Kremlin. Después el autor también indicará calles y lugares de Moscú.

[2] *Glavnoe upravlenie predpriatiami bumaznoi promyshlenosti* [Dirección principal de las haciendas de la industria papelera].

“¡Destruyendo el lar doméstico, asestamos el golpe final al régimen burgués!”

“Nuestro decreto que prohíbe la alimentación a domicilio expulsa de nuestra existencia el alegre veneno de la familia burguesa, y consolida hasta el fin de los siglos los principios socialistas.”

“La intimidad familiar genera deseos de posesión, el placer del pequeño propietario esconde los gérmenes del capitalismo.”

La cabeza cansada, que dolía, pensaba ya por costumbre y sin reflexionar, concebía sin deducir, mientras las piernas se dirigían automáticamente hacia el hogar doméstico medio destruido, condenado a la eliminación total al cumplirse una semana, de acuerdo con el decreto del 27 de octubre de 1921 hacía poco publicado y comentado.

CAPÍTULO SEGUNDO, QUE NARRA LA INFLUENCIA DE HERZEN SOBRE LA IMAGINACIÓN INFLAMADA DE UN FILÓSOFO SOVIÉTICO

Después de haber untado con manteca una gran rebanada de pan, bendito don del mercado de Sujarev milagrosamente ahorrado, Alexei se sirvió un vaso de café hirviendo y se sentó en el escritorio.

A través de los vidrios de la gran ventana se veía la ciudad; abajo, en la neblina nocturna se alargaban como manchas claras y lechosas las filas de los faroles de la calle. Sobre las masas oscuras de las casas se veía la débil claridad amarilla de alguna ventana todavía iluminada.

“Y así está hecha —pensó Alexei, observando el Moscú nocturno.— Viejo Morris, virtuoso Moro, Bellamy, Blatchford, y vosotros, buenos y queridos utopistas. ¡Vuestros sueños solitarios se han transformado en convicción general, vuestras audacias más impulsivas en programa oficial y banalidad cotidiana! En el año cuarto de la revolución, el socialismo puede considerarse el patrón único del planeta. ¿Estáis satisfechos, pioneros utopistas?”

Y Kremnev observó el retrato de Fourier, colgado sobre uno de los armarios de su biblioteca.

Sin embargo, para él, viejo socialista, alto funcionario soviético, director de una de las secciones del Consejo mundial de economía, no todo era precisamente perfecto en esta encarnación; sentía un recuerdo confuso del pasado: una especie de telaraña de psicología burguesa oscurecía todavía su conciencia socialista.

Dio algunos pasos sobre el tapete de su estudio, deslizando la mirada sobre las encuadernaciones de los libros, y advirtió inesperadamente una hilera de pequeños volúmenes sobre un estante casi olvidado. Los nombres de Chernishevski, Herzen y Plejanov lo observaban desde el dorso de cuero de las cuidadas encuadernaciones. Sonrió como se sonríe a un recuerdo de la infancia, y tomó del estante un tomo de Herzen en la edición Plavlenkov.

Dieron las dos de la mañana. Luego de dar la hora con un silbido prolongado, el reloj calló.

Palabras buenas, nobles, y puerilmente ingenuas desfilaban ante los ojos de Kremnev. La lectura cautivaba, conmovía, como lo hacen los recuerdos del primer amor juvenil, del primer juramento de la adolescencia.

Era como si la mente se hubiera liberado de la hipnosis del trantrán soviético; en la conciencia brotaron pensamientos nuevos, no banales; le pareció posible pensar con otras variantes.

Kremnev leyó conmocionado una página profética que había olvidado desde hacía mucho tiempo:

“Las generaciones débiles, enfermizas, necias —escribía Herzen— se arrastrarán de la mejor manera posible hasta la explosión, hasta esta o aquella colada de lava que las recubrirá de una capa de piedra y las condenará al olvido de las crónicas. ¿Y entonces? Entonces llegará la primavera, una vida juvenil volverá a brotar sobre la tapa de su ataúd, la barbarie de la infancia, colmada de fuerzas incumplidas pero sanas, sustituirá a la barbarie de la vejez, una fresca potencia salvaje surgirá en el pecho de los pueblos adolescentes, y será el inicio de un nuevo ciclo de acontecimientos y del tercer tomo de la historia universal.

”Ya puede intuirse su tono general. Éste pertenecerá a las ideas sociales. El socialismo se desarrollará en todas sus fases hasta sus consecuencias más extremas, hasta el absurdo. Entonces, del titánico pecho de una minoría revolucionaria escapará de nuevo un grito de rechazo, nuevamente comenzará una lucha mortal, en la que el socialismo ocupará el puesto del conservadurismo actual, y será vencido por la revolución futura, desconocida para nosotros.”

“¿Una nueva insurrección? ¿Dónde está? ¿Y en nombre de qué ideales? —le venía a la mente—. Ay de mí, la debilidad de la doctrina liberal ha sido tal que no pudo crear una ideología ni tener utopías.”

Sonrió con melancolía. Oh, vosotros, los Miliukov y los Novgorodcev, los Kuskova y los Makarov,[3] ¡¿qué utopías escribiríais sobre vuestros estandartes?! ¿Qué tenéis para proponer en vez del régimen socialista, fuera del oscurantismo de la reacción capitalista? De acuerdo... estamos lejos de vivir en un paraíso socialista, pero ¿qué nos daréis a cambio?

---

[3] Representantes del mundo político democrático-liberal ruso prerrevolucionario.

De repente el libro de Herzen se cerró solo estrepitosamente, y una pila de volúmenes en octavo y en folio cayó desde el estante.

Kremnev se sobresaltó.

Un sofocante olor a azufre llenó la habitación. Las agujas del gran reloj comenzaron a girar cada vez más veloces, hasta desaparecer en una rotación frenética. Las hojas del calendario se desprendían solas rumorosamente, y volaban por el aire, llenando la habitación de torbellinos de papel. Los muros vibraban y parecían deformarse.

Kremnev estaba por desmayarse; un sudor frío le humedecía la frente. Se estremeció y presa de un terror pánico se lanzó hacia la puerta del comedor que se cerró detrás de él con el ruido de un árbol que se quiebra. Buscó en vano el interruptor de la luz eléctrica. No estaba en su lugar habitual. Avanzando en la oscuridad, chocaba con objetos desconocidos. Estaba desmayándose, y su conciencia se oscurecía como durante los vahídos en el mar.

Exhausto por los esfuerzos realizados, Alexei se dejó caer sobre un diván que nunca había estado allí, y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO TERCERO, QUE DESCRIBE LA LLEGADA DE KREMNEV AL PAÍS DE LA UTOPÍA, ASÍ COMO SUS AGRADABLES CONVERSACIONES SOBRE LA HISTORIA DE LA PINTURA DEL SIGLO XX CON UNA MOSCOVITA UTÓPICA

Un sonido argentino despertó a Kremnev.

—Bueno, sí, soy yo —se oyó una voz femenina—. Sí, ha llegado... obviamente esta noche... Duerme aún... Debía estar cansadísimo, se ha dormido sin desnudarse... Bien. Llamaré de nuevo.

La voz calló y un ruido de faldas indicó que su propietaria había salido de la habitación.

Kremnev se incorporó sobre el diván y se frotó los ojos con estupor.

Se hallaba extendido en una gran recámara amarilla, inundada por los rayos de un sol matutino. Lo circundaban muebles de caoba de un extraño estilo desconocido, con tapicerías amarillas y verdes, cortinas amarillas descorridas a medias, una mesa con extraños

instrumentos metálicos. En el cuarto vecino se sentían ligeros pasos femeninos. Crujió una puerta, después se hizo el silencio.

Kremnev se puso de pie de un salto, deseoso de saber qué había sucedido, y se acercó rápidamente a la ventana.

Pesadas nubes otoñales flotaban como navíos en el cielo azul. Junto a ellas, un poco más abajo, y en bajísima proporción, se deslizaban aeroplanos de extrañas formas, pequeños y grandes, cuyas partes metálicas rotantes resplandecían al sol.

Abajo se extendía una ciudad... Indudablemente era Moscú. A la izquierda surgía la masa de las torres del Kremlin, a la derecha la roja Torre Sujarev, y más lejos se desmochaba orgullosamente Kadachi.

Un panorama que conocía desde hacía muchos, muchos años.

Pero cómo había cambiado todo alrededor. Desaparecidas las masas de piedra que habían ocultado el horizonte, faltaban grupos arquitectónicos enteros, ya no estaba en su lugar el edificio de Nyrensee... En cambio, todo se sumergía en el verde... Grandes manchas de árboles llenaban el espacio casi hasta el Kremlin, dejando islas solitarias de grupos arquitectónicos. Calles que eran paseos arbolados atravesaban este mar de verdor que comenzaba a teñirse de amarillo. Mareas de peatones, de automóviles, de carruajes se deslizaban por ellas como un torrente vivo. Todo olía a una especie de clara frescura y de vigor confiado.

Por cierto era Moscú, pero un Moscú nuevo, transformado y sosegado.

—¿Me he convertido quizás en el protagonista de una novela utópica? —exclamó Kremnev—. ¡Situación algo ridícula, confieso!

Para orientarse, comenzó a mirar a su alrededor, tratando de encontrar un punto de referencia para formarse un concepto de este nuevo mundo que lo circundaba.

—¿Qué me espera fuera de estos muros? ¿El feliz reino del socialismo, iluminado y reforzado? ¿La admirable anarquía del príncipe Piotr Alexevich?[4] ¿El capitalismo restaurado? ¿O bien, quizás, algún nuevo sistema social desconocido hasta ahora?

Por lo que se podía juzgar observando desde la ventana, una cosa era clara: la población vivía en un grado bastante elevado de bienestar y de cultura, y hacía vida en común. Pero esto era demasiado poco como para comprender la sustancia del ambiente.

---

[4] Se refiere a Piotr Alexevich Kropotkin (1842-1921).

Alexei examinó entonces con ávida curiosidad los objetos que lo rodeaban, pero éstos suministraron muy pocas aclaraciones.

Eran en su mayoría objetos comunes, distinguiéndose entre sí sólo por el cuidadoso acabado, por la peculiar precisión y por el lujo de la ejecución, así como por el extraño estilo de las formas, que recordaba en parte el arte ruso antiguo, y en parte los ornamentos de Nínive. En pocas palabras, era el estilo babilónico fuertemente rusificado.

Sobre el morbidísimo y profundo diván sobre el cual Kremnev se había despertado colgaba un gran cuadro que atrajo su atención.

A primera vista podía decirse con certeza que se trataba de una pieza clásica de Peter Brueghel el Viejo: la misma composición con el horizonte alto, los mismos colores vivaces y precisos, las mismas sagomas pequeñas, pero... sobre la chimenea estaban pintados hombres con fraques multicolores, damas con sombrillas, automóviles, y el tema representaba indudablemente algo así como el despegue de aeroplanos. Algunas reproducciones, colocadas sobre una mesita a un lado, eran del mismo género.

Kremnev se acercó al gran escritorio hecho de una especie de alcornoque compacto, y comenzó a examinar con esperanza los libros que en él estaban desparramados. Vio el quinto tomo de la *Práctica del socialismo* de V. Zer, *Renacimiento de la crinolina. Tentativa de estudio sobre la moda actual,* dos volúmenes de Riazánov *Del comunismo al idealismo,* la trigésimo-octava edición de las *Memorias* de Kuskova, una espléndida edición del *Caballero de bronce,* un folleto sobre la *Transformación de la energía V,* y por fin, temblando de emoción, su mano aferró el último número de un periódico.

Emocionadísimo, desplegó el diario, de medianas dimensiones. En el encabezamiento aparecía la fecha del 5 de septiembre de 1984, hora veintitrés. Había realizado un salto de sesenta años.

No cabía duda: Kremnev se había despertado en el país del futuro, y se sumergió en la lectura del periódico.

"Los campesinos", "La época cerrada de la civilización urbana", "El colectivismo de estado de funesta memoria", "En tiempos del capitalismo, es decir casi durante la prehistoria...", "El sistema aislado anglofrancés"; todas estas frases, así como decenas de otras atravesaban el cerebro de Kremnev, llenaban su ánimo de estupor y de un intenso deseo de saber.

El sonido del teléfono interrumpió sus reflexiones. Se oyeron pasos en el cuarto vecino. La puerta se abrió de par en par y una muchacha entró envuelta en una oleada de rayos de sol.

—Ah, ya se levantó... —dijo con alegría—. Ayer me había adormecido y no lo sentí llegar.

El sonido se repitió.

—Con permiso, debe ser mi hermano que pregunta por usted... Bueno... sí, se ha levantado... pero verdaderamente no sabría... ahora se lo pregunto... ¿Usted habla ruso, señor... Charlie... Man... si no me equivoco?

—Claro, naturalmente —exclamó involuntariamente en voz muy alta Alexei.

—Lo habla, y hasta con acento de Moscú... bien, le paso el receptor.

Desconcertado, Kremnev tomó en sus manos algo que le recordó un receptor de los viejos tiempos, oyó un saludo pronunciado por una agradable voz de bajo, la promesa de pasar por él a las tres, la afirmación de que su hermana se habría de ocupar de todo, y, colgando el receptor, fue consciente, plenamente consciente, de que lo creían otro, un tal Charlie Man.

La muchacha ya no estaba en la habitación. Con la determinación que da la desesperación, Alexei se lanzó hacia el escritorio, con la esperanza de hallar entre los papeles y las pilas de telegramas por lo menos un pedacito de luz sobre el misterio que lo circundaba.

La suerte lo acompañó. La primera carta que tomó estaba firmada por Charlie Man y exponía en pocas frases el deseo de éste de visitar Rusia y de tomar conocimiento de las realizaciones técnicas en el campo de la agricultura.

CAPÍTULO CUARTO, QUE CONTINÚA EL TERCERO, Y ESTÁ SEPARADO DE ÉL SÓLO PARA EVITAR CAPÍTULOS DEMASIADO LARGOS

La puerta se abrió y la joven dueña de casa entró en el cuarto sosteniendo una bandeja sobre la cual humeaban las tazas del desayuno.

Alexei estaba fascinado por esta mujer utópica, por su cabeza casi clásica, colocada idealmente sobre un cuello robusto, por los grandes hombros y por el abundante pecho que a cada respiración levantaba el cuello de la camiseta.

El instante de silencio que acompaña a un primer encuentro dejó rápidamente su lugar a una conversación animada. Para evitar el papel de narrador, Kremnev llevó la conversación hacia el arte, imaginando que esto no incomodaría a una muchacha que vivía en cuartos decorados con pinturas tan estimables.

La muchacha, que se llamaba Paraskeva, habló con todo el ardor de su entusiaamo juvenil de sus pintores predilectos: Brueghel el Viejo, Van Gogh, el viejo Ribnikov y el maravilloso Ladonov. Ferviente admiradora del neorrealismo, buscaba en el arte el secreto de las cosas, algo que fuese divino o diabólico, pero que trascendiese las fuerzas humanas.

Aun reconociendo el valor supremo de lo existente, exigía del artista congenialidad con el creador del universo, apreciaba en un cuadro la fuerza del sortilegio, la centella de Prometeo que daba una nueva esencia y, en sustancia, se sentía cercana al realismo de los antiguos maestros de Flandes.

A través de sus palabras, Kremnev comprendió que la pintura de la época de la gran revolución, marcada por el futurismo y por el hundimiento total de las antiguas tradiciones, había sido seguida por un período de futurismo barroco, de futurismo domado y dulce.

Luego, como una reacción, como el sol después de un temporal, la sed de perfección técnica se avivó; comenzaron a ponerse de moda los boloñeses, los primitivos parecieron súbitamente olvidados y las salas de los museos con los cuadros de Memling, del Beato Angelico, de Botticelli y de Cranach ya casi no vieron visitantes. Sin embargo, sometido a los ciclos temporales, y sin perder nada de su grandeza, este arte sufrió una evolución progresiva hacia la decoración, y dio origen a los cuadros y a los frescos monumentales de la época de la conjura de Varvarin; pasó tempestuosamente el período de la naturaleza muerta y de la gama celeste, después los frescos de Suzdal del siglo XII se hicieron los patrones de las concepciones universales, antes de que llegase el reino del realismo con Peter Brueghel como ídolo.

Dos horas transcurrieron sin que se diera cuenta, y Alexei ya no sabía si escuchar la profunda voz de contralto de su interlocutora o contemplar las pesadas trenzas enrolladas sobre su cabeza.

Los ojos atentos abiertos de par en par y un lunar en su cuello eran para él más elocuentes que las argumentaciones sobre la excelencia del neorrealismo.

CAPÍTULO QUINTO, EXTREMADAMENTE LARGO PERO INDISPENSABLE PARA QUE KREMNEV CONOZCA EL MOSCÚ DE 1984.

Le haré atravesar toda la ciudad —dijo Nikifor Alexevich Minin, hermano de Paraskeva, haciendo acomodar a Kremnev en un automóvil, así verá nuestro Moscú de hoy.

El automóvil arrancó.

La ciudad parecía un parque ininterrumpido, en el interior del cual surgían a diestra y siniestra grupos de edificios que parecían pequeñas ciudades dispersas.

A veces, la inesperada curva de un paseo descubría a los ojos de Kremnev las sagomas de edificios conocidos, construidos en los siglos XVII y XVIII.

Más allá de las densas cabelleras de los arces que se estaban tornando amarillos relampaguearon las cúpulas de Barizi; luego, en un pasaje entre los tilos, aparecieron las suntuosas formas del edificio construido por Rastrelli, adonde Kremnev se dirigía cuando era colegial. En pocas palabras, estaban bajando por la utópica calle Pokrovka.

—¿Cuántos habitantes tiene vuestro Moscú? —preguntó Kremnev a su acompañante.

—No es tan fácil responder a esta pregunta. Si se considera el territorio que la ciudad ocupaba en la época de la gran revolución, y se cuentan los residentes estables, entonces llegaremos, pienso, a cien mil personas; pero hace unos cuarenta años, inmediatamente después del gran decreto sobre la eliminación de las ciudades, eran no más de treinta mil. Por otro lado, durante el día, si se cuentan todos los que están de paso o se alojan en hoteles, pienso que debemos alcanzar una cifra que supera los cinco millones.

El automóvil disminuyó la velocidad. El paseo se hacía más estrecho; los edificios se apretaban cada vez más y comenzaron a aparecer calles del antiguo tipo urbano. Miles de automóviles y de calesas, en algunas hileras, formaban una corriente ininterrumpida que fluía hacia el centro de la ciudad, mientras que sobre amplias aceras se movía una densa multitud de peatones. Llamaba la atención la ausencia casi absoluta del color negro; las chaquetas y las camisas de los hombres, casi siempre del mismo tono y de colores vivos —celestes, rojas, azules, amarillas—, se mezclaban con los vestidos multicolores de las mujeres, que recordaban algo así como un *sarafan* [5] provisto de crinolina, y sin embargo con una suficiente variedad de formas.

---

[5] Especie de camisón largo y amplio, a veces también ricamente bordado, que las mujeres usaban sobre la camiseta.

U N L Pam. B.C. R.P.Nº 44078

Se mezclaban entre la multitud vendedores de periódicos, de flores, de *sbiten*[6] y de cigarros. Sobre las cabezas de los transeúntes y la marea de carruajes se agitaban, resplandeciendo al sol, estandartes y guirnaldas de banderines.

Entre las rutas de los carruajes corrían muchachitos que vendían folletos y gritaban desgarrándose la garganta: "¡La bella! ¡Vania de Vologda contra Ter-Markelianc!!"

La muchedumbre discutía con animación y cambiaba exclamaciones llenas de términos extraídos del juego de los astrágalos.

Kremnev dirigió una mirada sorprendida a su compañero; éste sonrió y dijo:

—¡Es el juego nacional! Hoy es el último día de la contienda internacional por el título de campeón. El campeón del juego con astrágalos de cabra, originario de Tiflis, desafía al campeón de Vologda... Pero Vania no se echará atrás, y esta noche la Plaza de los teatros lo verá vencedor por quinta vez.

Disminuyendo más la velocidad, el automóvil atravesó la Plaza de Lubianka que había conservado tanto las murallas de Kitai-gorod como los Niños de Vitali, y bajó pasando delante de la estatua del Primer Impresor. La Plaza de los teatros estaba colmada de un mar de cabezas, del fuego artificial de banderas coloridas que flameaban al sol, de tribunas cuyas filas se alzaban casi hasta el techo del Bolshoi, y de los clamores de la multitud. El juego de los astrágalos estaba en pleno desarrollo.

Kremnev miró hacia su izquierda y su corazón aceleró los latidos. Ya no estaba el "Métropole". En su lugar se levantaba una plaza en la cual se erigía una gigantesca columna formada por bocas de cañones alrededor de la cual se enroscaba en espiral una cinta de metal adornada con bajorrelieves. Coronaban la enorme columna tres gigantes de bronce que se volvían las espaldas y estaban tomados amigablemente de la mano de Kremnev fue hasta allí y dejó escapar un grito cuando reconoció las célebres líneas.

Sin la menor duda, erguidos sobre un millar de bocas de cañón, sostenindose amistosamente, estaban Lenin, Kerenski y Miliukov.

El automóvil describió una estrecha curva hacia la izquierda, y pasaron rápidamente a los pies del monumento.

Kremnev tardó un poco en reconocer algunas de las figuras del bajorrelieve: Rikov, Konovalov y Prokopovich que formaban un grupo pintoresco junto a un yunque, Sereda y Maslov dispuestos a sembrar, y no logró contener una exclamación de perplejidad, a la

---

[6] Bebida caliente hecha de miel con especias.

cual su acompañante respondió entre dientes, sin apartar de la boca la pipa humeante:

—El monumento a los artífices de la gran revolución.

—Pero escuche, Nikifor Alexevich, ¡esos hombres, cuando estaban vivos, no formaban por cierto grupos tan pacíficos!

—Bueno, para nosotros, en una perspectiva histórica, son los participantes de una misma obra revolucionaria, y créame, el moscovita de hoy no recuerda muy bien qué diferencias existían entre ellos. ¡Ay! ¡Casi atropello un perro!

El automóvil se echó hacia la izquierda, la señora del perrito hacia la derecha; un giro, el coche se sumerge en una especie de tubo subterráneo, corre por algunos instantes bajo la tierra a una velocidad enloquecida en una alegría muy iluminada, emerge sobre el muelle del Moscova y se detiene junto a un café con mesitas.

—Vamos a tomar algo dulce, antes de proseguir el viaje —propuso Minin descendiendo del coche.

Kremnev miró a su alrededor: frente a él se erguía la mole de un puente que reproducía con tanta fidelidad el Puente de Piedra del 1600 que parecía salido de un grabado de Picard; atrás, en todo su esplendor y en el brillo de sus cúpulas doradas, se erguía el Kremlin, rodeado por todos los lados por el oro de la floresta otoñal.

Un camarero vestido de modo tradicional, con camisa y pantalones blancos, trajo una bebida que parecía sambayón con fruta abrillantada, y nuestros viajeros, callando, permanecieron en contemplación por un momento.

—Perdóneme —comenzó Kremnev después de aquel momento de silencio—, como extranjero, no comprendo la organización de vuestra ciudad, y no entiendo muy bien la historia de la dispersión de sus habitantes.

—Al principio —respondió su compañero—, sobre la reorganización de Moscú influyeron causas de carácter político. En 1934, cuando los partidos campesinos tuvieron firmemente el poder en sus manos, el gobierno de Mitrofanov, al que una larga práctica había convencido de los peligros que representan para un régimen democrático las enormes concentraciones urbanas, llegó a una medida revolucionaria e hizo adoptar por medio del Congreso de los soviets el famoso decreto, que vosotros también conocéis en Washington, sobre la eliminación de las ciudades de más de veinte mil habitantes.

Naturalmente fue más difícil que en cualquier otro lugar aplicar este decreto a Moscú que, en los años treinta, contaba con más de cuatro millones de habitantes. Pero la perseverancia obstinada de los dirigentes y la potencia técnica del genio civil permitieron cumplir este trabajo en el lapso de diez años.

Los talleres ferroviarios y los depósitos de mercaderías fueron trasladados hacia la línea de la quinta vía de circunvalación, los ferroviarios de las veintidós líneas radiales y sus familias fueron reubicados a lo largo de estas radiales más allá de la misma quinta circunvalación, que corresponde a las estaciones de Ramenskoe, Kubinka, Klin, etc. Las fábricas fueron gradualmente evacuadas en toda Rusia hacia nuevos nudos ferrocarrileros.

En 1937, las calles de Moscú comenzaron a vaciarse; después de la conjura de Varvarin, los trabajos fueron naturalmente acelerados, el genio civil procedió a planificar la nueva Moscú, se destruyeron por centenas los rascacielos, recurriendo a menudo a la dinamita. Mi padre recuerda que, en 1939, los más audaces de nuestros dirigentes, errando en esa ciudad en ruinas, corrían el riesgo de ser acusados de vandalismo, tan desolador era el cuadro de destrucción que ofrecía Moscú. Sin embargo, los demoledores tenían bajo sus ojos los planos de Zholtovski, y proseguía un trabajo encarnizado. Para tranquilizar a la población y a Europa, en 1940 se terminó completamente un sector, que asombró y tranquilizó los ánimos, y en 1944 todo había asumido el aspecto actual.

Minin sacó de su bolsillo un pequeño mapa de la ciudad y lo desplegó.

—Ahora, sin embargo, el régimen campesino se ha robustecido tanto que aquel decreto sagrado para nosotros ya no se aplica con la severidad puritana de otros tiempos. La población de Moscú aumenta de tal manera que nuestros consejeros municipales, para salvaguardar la letra de la ley, dan el nombre de Moscú solamente al territorio de la antigua Ciudad Blanca, es decir a la zona delimitada por los paseos de la época prerrevolucionaria.

Kremnev, que estaba examinando atentamente el plano, levantó la mirada:

—Perdóneme —dijo—, pero es una especie de sofisma, desde el momento en que alrededor de la Ciudad Blanca hay siempre una ciudad. Y además, no veo cómo haya podido efectuarse sin dolor esta ruralización de vuestro país, y qué mezquino papel puedan tener vuestras ciudades-pigmeas en la economía nacional.

—Me es dificilísimo responder en pocas palabras a su pregunta. Vea, en un tiempo la ciudad era autosuficiente, el campo sólo servía como pedestal. Ahora, si quiere, ya no hay ciudades, sólo hay un punto de aplicación de un modo de relaciones sociales. Cada ciudad nuestra es simplemente un lugar de reuniones, la plaza central del distrito. No es un lugar donde se vive, sino un lugar de diversión, de reunión, y de algunas actividades. Un punto, no una entidad social.

Minin levantó su vaso, lo bebió de un trago, y prosiguió:

—Tome Moscú: Con respecto a sus cien mil habitantes, hay albergues con cuatro millones de camas; en las cabeceras de distrito, por cada diez mil habitantes en los albergues hay lugar para cien mil visitantes, y están casi siempre completos. Las vías de comunicación son tales que en una hora, o una hora y media, cualquier campesino puede ir a la ciudad, y lo hace a menudo.

Pero es hora de irnos. Debemos hacer un gran rodeo para recoger a Katerina en Arcangelsko.

El automóvil volvió a partir, doblando hacia el paseo Prechistenski. Kremnev miró hacia atrás con estupor: en lugar del templo de Cristo Salvador, dorado y resplandeciente como un samovar de Tula, vio titánicos escombros recubiertos de hiedras, manifiestamente muy cuidadas.

CAPÍTULO SEXTO, EN EL QUE EL LECTOR PODRÁ CONVENCERSE DE QUE EN ARCANGELSKO EN OCHENTA AÑOS NO HAN OLVIDADO CÓMO HACER PASTELITOS CON RICOTA VAINILLADA PARA EL TÉ

La antigua estatua de Pushkin se erguía entre los tilos del Paseo Tverski, que se habían vuelto más tupidos.

Erigida en el punto en el que Napoleón mandó ahorcar a los presuntos incendiarios de Moscú, era el testimonio mudo de los terribles acontecimientos de la historia rusa.

Recordaba las barricadas de 1905, los comicios nocturnos y los cañones bolcheviques de 1917, las trincheras de la Guardia Campesina de 1932, los lanzabombas de Varvarin de 1937, y permanecía allí con el mismo recogimiento tranquilo en espera de sucesos ulteriores.

Sólo una vez había tratado de intervenir en la tempestad de las pasiones políticas y había recordado a la muchedumbre congregada a sus piees su fábula de pescador y del pecesito, pero no le prestaron atención...

El automóvil penetró en los Grandes Paseos del Oeste. Era aquí donde en un tiempo se extendían las calmas y polvorosas calles Tverski-Jamski. Los lozanos tilos del Parque Occidental habían sustituido sus edificios uniformes y, como islotes en un mar verde y ondeante, se distinguían en medio de la vegetación las cúpulas de una catedral y los muros blancos de la Universidad Zhaniavski.

Miles de automóviles se deslizaban sobre el asfalto de la Gran

Carretera del Oeste. Los vendedores de periódicos y las floristas daban vueltas entre la multitud colorida de los paseos animados, brillaban los toldos amarillos del café, entre nubes cuajadas aparecían cientos de puntos grandes y pequeños de avionetas, mientras pesadas aeronaves para pasajeros despegaban del aeródromo occidental.

El automóvil corrió a lo largo de los paseos del parque de Pedro, inundado por el rumor de voces infantiles; pasó ante las sierras de Serebriani Bor, tomó una curva estrecha hacia la izquierda y, como una flecha lanzada por el arco, se lanzó sobre la carretera de Zvenigorod.

La ciudad parecía no terminar. A diestra y siniestra se extendían los mismos paseos magníficos, resaltaban casitas de una planta, a veces grupos arquitectónicos, sólo que entre las cortinas de manzanas y de moras, en lugar de flores se extendían huertas, fértiles pasturas y campos de trigo ya cosechados.

—Y además —dijo Kremnev volviéndose hacia su acompañante— vuestro decreto sobre la eliminación de las aglomeraciones urbanas existe obviamente sólo en el papel. Los suburbios de Moscú se extienden mucho más allá de Vseshviatsko.

—Perdóneme, Mr. Charlie, pero esto ya no es ciudad: es la típica campaña de la Rusia septentrional—; y explicó a un Kremnev sorprendido que, dada la densidad de la población campesina en la provincia de Moscú, el campo había asumido una apariencia inhabitual para el hábitat rural. En un radio de cien verstas,[7] toda la zona alrededor de Moscú forma ahora una sola aglomeración rural, interrumpida únicamente por los cuadrados de los bosques públicos, por las franjas de los pastoreos cooperativos y por inmensos parques climáticos.

En las zonas de las haciendas, donde las parcelas familiares son de tres o cuatro desiatinas,[8] sobre una distancia de decenas de verstas, las casas campesinas casi se tocan, y sólo los densos cercos, ahora difusos, de moreras o de árboles frutales aíslan los edificios unos de otros. Por otra parte, en el fondo es hora de terminar con la anticuada división entre ciudad y campo, puesto que ahora tenemos un tipo de hábitat más o menos concentrado o disperso donde vive la misma población agrícola.

—Ve usted grupos de edificios un poco más grandes que los otros —dijo Minin indicando algo a lo lejos, hacia la izquierda.

---

[7] Versta = 1.07 kh.

[8] Desiatina = 1.0925 ha.

—Son las ciudadelas. Hay una escuela local, una biblioteca, una sala de espectáculos y de danza, y otros servicios públicos. Es un pequeño nudo social. Las ciudades actuales son nudos similares de la propia población rural, sólo que de dimensiones mayores. Pero hemos llegado.

El bosque se había alejado y a la distancia aparecieron las murallas armoniosas de Arcangelsko.

Después de una estrecha curva, haciendo crujir la arena del camino de acceso, el coche pasó bajo el amplio portal coronado por un arcángel que soplaba la trompeta, y se detuvo cerca de un gentío, haciendo dispersar a un grupo de muchachas que jugaban con el aro.

Vestidos blancos, rosas y celestes rodearon a los viajeros, y una muchacha de unos diecisiete años se lanzó con una exclamación en brazos del acompañante de Alexei.

—Mr. Charlie Man —ella es Katerina, mi hermana.

Un instante después, sobre la hierba del parque de Arcangelsko, junto a bustos de filósofos antiguos, los invitados fueron acomodados junto a un rumoreante samovar en una mesa cubierta por manteles de lienzo sobre los cuales se levantaban montañas de dorados pastelitos de ricota.

Alexei fue colmado de pastelitos, de seductores y bien leudados pastelitos de ricota, que sabían a vainilla, acompañados por un té perfumado; sumergido entre flores y preguntas sobre los usos y las costumbres americanos, se le interrogó sobre si los americanos sabían escribir versos; temiendo cometer errores, atacó él haciendo a sus interlocutoras dos preguntas por cada una de las que le eran dirigidas.

Mientras tragaba un pastel después de otro, aprendió que el palacio de Arcangelsko pertenecía a la Confraternidad de los Santos Floro y Lauro, especie de monasterio laico cuyos miembros eran reclutados entre los jóvenes y las muchachas de talento que se habían distinguido en las artes y en las ciencias.

En el desfile de salones del viejo palacio y en los paseos de tilos todavía iluminados por las pasadas visitas de Pushkin y por la brillante vida galante de Boris Nikolaievich Iusupov, este volteriano poseedor de una inmensa biblioteca consagrada a la revolución francesa y al arte culinario, rumoreaba la joven multitud de los detentadores del fuego prometeico de la creación, que se dividía entre las penas y las alegrías de la existencia.

La confraternidad poseía dos decenas de inmensas y maravillosas propiedades diseminadas por Rusia y Asia, provistas de bibliotecas, de laboratorios, de pinacotecas y, por lo que se daba a entender, era una de las fuerzas creativas más potentes del país. Alexei se sorprendió por las reglas del estatuto, casi monástico, y por la alegría sonora y radiante que impregnaba todo a su alrededor: los árboles y las estatuas, las caras de los dueños de casa, y hasta las telarañas otoñales que ondeaban al sol,

Pero todo era insignificante en comparación con la mirada profunda y la voz melodiosa de la hermana de Paraskeva. Sin lugar a dudas, las mujeres de la utopía hacían enloquecer a Alexei.

CAPÍTULO SÉPTIMO, PARA CONVENCER A QUIEN LO QUIERA DE QUE LA FAMILIA ES LA FAMILIA, Y LO SERÁ SIEMPRE

—Arriba, rápido, amigos —decía Nikifor Alexevich apresurando a sus compañeros y cargando las bolsas y las maletas de Katerina en el automóvil. Según las noticias de hoy, ha comenzado la lluvia general, y dentro de una hora los meteoróforos provocarán verdaderos torbellinos.

Aunque Kremnev hubiera debido asombrarse y formular preguntas al oír esta frase, no lo hizo porque estaba totalmente atrapado por la tarea de arropar con mantas a la hermana de Paraskeva.

En cambio, mientras el coche se deslizaba silenciosamente sobre la cinta asfaltada del paseo Nuevo-Jerusalimski, y a ambos lados de la carretera desfilaban campos donde miles de campesinos se apuraban para poner al reparo las últimas gavillas de avena antes de la lluvia, no dudó y preguntó a su compañero:

—¿Por qué diablos usáis en los campos una cantidad tal de trabajo humano? ¿Tal vez vuestra técnica, que sabe dominar con facilidad la lluvia y la serenidad, es impotente para mecanizar el trabajo agrícola y liberar así brazos para tareas más calificadas?

—¡Habla el americano! —exclamón Minin. No, ilustre Mr. Charlie, hay muy poco por hacer en contra de la ley de la fertilidad decreciente de los suelos. Obtenemos cosechas de quinientos puds[9] por desiatina gracias a cuidados casi individuales para cada espiga. La agricultura nunca ha sido tan manual como hoy. Y no se trata de un capricho, sino de una necesidad dictada por la densidad de nuestra población. ¡Así están las cosas!

Calló y aceleró. El viento silbaba y las mantas de Katerina flotaban sobre el automóvil. Alexei miraba sus pestañas, los labios que se vislumbraban a través de los pliegues de un chal, le parecía conocerla desde siempre, y la veía infinitamente cercana... Y su sonrisa acariciadora llenaba su ánimo de alegría y bienestar.

Bajaba el sol y en el cielo se amontonaban nubes cuando el automóvil divisó algunas casitas agrupadas sobre las barrancas del río Lama.

La gran familia de los Minin ocupaba algunas casitas construidas en simple estilo del 1500 encerradas dentro de un cerco que confería al recinto el aspecto de una pequeña ciudad antigua. Sobre el portal, los viajeros fueron recibidos por ladridos y rumores de voces. Un joven robusto tomó a Katerina entre los brazos, dos niñas y un niño se lanzaron sobre los paquetes de provisiones traídos desde Moscú, una muchacha en edad escolar pedía una carta, mientras que un hombre anciano con canas, que resultó ser el jefe de familia Alexei Alexandrovich Minin, tomó a su homónimo bajo su protección y lo condujo a ver su cuarto, sorprendiéndose de la pureza de su ruso y del corte de su traje americano, que le recordaba la moda de su lejana infancia.

Después de unos diez minutos, Alexei, lavado y peinado, entró al comedor presa de una profunda turbación en todo su ser. Alrededor de la mesa común adornada con flores esparcidas se discutía con animación, y, apenas apareció en el umbral, Alexei fue elegido juez "absolutamente imparcial". Dos platos fueron sometidos a su decisión competente: uno decorado con cangrejos de río y uva negra, otro que presentaba una composición de limones y uva rosada con una copa tallada llena de vino. Las dos concursantes, Meg y Natasha, exigían, con sus sonoras voces quinceañeras, que decidiese quién había compuesto la naturaleza muerta "más holandesa".

Saliendo no sin esfuerzo de esta difícil situación, reconoció en una de las composiciones un original olvidado de Jacok Peter, y en la otra un plagio de Willem Kolf, por lo cual Alexei recibió como recompensa aplausos y un enorme pedazo de pastel de crema, inventada, le dijeron, por el mismo profesor de arte culinario, es decir el ausente Paraskeva.

El pequeño Antoshka trataba de que el americano le dijera si era verdad que en la bahía de Hudson los peces mordían el anzuelo, pero lo mandaron rápidamente a dormir. Una señora de una cierta edad, sirviendo a Alexei un tercer vaso de té, preguntó si tenía niños, y no entendía cómo su mujer lo había dejado atravesar el Atlántico en aeroplano. Muy afligida por las afirmaciones de Alexei sobre la ausencia de cualquier señal de existencia de una consorte, se disponía a proseguir con sus preguntas, pero unas manos colocaron un chal sobre los ojos de Alexei, y éste comprendió, o mejor dicho sintió dentro de sí, la presencia de Katerina.

---

[9] Pud = 16,38 kg.

—Gallo ciego, gallo ciego —gritaban los niños arrastrándolo por la sala; debió correr bastante antes de que Katerina cayese en sus brazos.

La aparición de Alexei Alexandrovich restableció el orden; librando a Kremnev, lo hizo sentar junto a la chimenea, y le dijo:

—No quiero importunarlo hoy con conversaciones de trabajo, tan poco tiempo después de su llegada. Sin embargo, dígame, ¿cuál es la primera impresión de un americano aislado frente a nuestras comarcas?

Kremnev profirió exclamaciones de asombro y de entusiasmo, pero el sonido de un clavicémbalo interrumpió la conversación. Katerina había invitado a su hermano a acompañarla, y cantaba un romance con letra de Derzhavin.

Ya el esturión dorado del Zheksna,
La leche cuajada y el borsh[10] están listos;
En las garrafas los vinos y el ponche que brilla
Seducen con el hielo y las centellas.

Siguieron luego "El pavo real", el dueto "Los recién casados inauguran la casa", y Kremnev sintió que ella cantaba para él y que no quería que prestara atención a los demás.

Más allá de la ventana caía a cántaros la "lluvia general" que habría de durar desde las nueve hasta las dos de la madrugada. El cuarto se hizo todavía más acogedor, y la calma familiar se veía entibiada por la pequeña chimenea que se consumía lentamente. La tía Vasilisa tiraba las cartas a Natasha mientras los jóvenes estudiaban el mejor modo para enseñar al americano "Iaropolec" y "Belaia Kolp".[11] Pero Alexei Alexandrovich declaró categóricamente que se reservaba a Mr. Charlie durante toda la mañana y que era hora para todos de ir a dormir.

Kremnev pidió a Meg su texto escolar de historia universal para leer antes de dormirse; guiado por Katerina y bajo la lluvia infernal, se trasladó al ala que le había sido asignada.

CAPÍTULO OCTAVO, HISTÓRICO

Después de haber preparado la cama de Kremnev y colocado sobre

---

[10] Sopa a base principalmente de col, carne y remolachas.

[11] Localidades situadas en las cercanías de Volojolamsk.

la mesa un puñado de galletas y de dátiles, Katerina lo miró y preguntó de repente:

—Allá en América, ¿todos son como usted?

Turbado, Alexei quedó con la boca abierta, y la muchacha, no menos turbada, escapó golpeando la puerta; a través de los vidrios empañados relampagueó la luz de su linterna que se alejaba.

Kremnev se quedó solo.

Por largo tiempo no logró reponerse de la impresión de aquella jornada fantástica, en el curso de la cual, sin embargo, todos los prodigios que había visto habían sido superados por la figura fascinante de la hermana de Paraskeva.

Repuesto, Kremnev se desvistió y abrió el texto de historia.

Al principio, no logró comprender nada: se exponía detalladamente la historia de la comuna de Iaropolec, después la de Volojolamsk, la de la provincia de Moscú, y sólo al final del libro algunas páginas encerraban la narración de la historia de Rusia y del mundo.

Con creciente emoción Kremnev devoraba una página tras otra, engullendo los sucesos históricos junto con las galletas de Katerina.

Leyendo la exposición de los acontecimientos de su época, Kremnev aprendió que la unidad mundial del sistema socialista no se había mantenido por largo tiempo, y que las fuerzas sociales centrífugas no habían tardado en quebrantar el pacto general que se había establecido. Ningún dogma socialista había sido capaz de extirpar del alma germánica la idea de una revancha militar, y bajo el fútil pretexto de la división del carbón de la cuenca del Sarre, los sindicatos alemanes habían obligado al propio presidente Radek a movilizar a los metalúrgicos y a los mineros a ocupar militarmente la cuenca del Sarre hasta que el problema fue resuelto por el Congreso del Consejo mundial de las economías nacionales.

Europa se vio nuevamente despedazada. La construcción de la unidad mundial se vino abajo, y comenzó una nueva guerra sangrienta, en el curso de la cual el viejo Hervé logró realizar en Francia un golpe de estado social e instaurar una oligarquía de dirigentes soviéticos. Después de un derramamiento de sangre que duró seis meses, la paz fue restaurada gracias a los esfuerzos conjuntos de América y de la Unión escandinava, pero le costó la división del mundo en cinco sistemas cerrados de economías nacionales: alemán, anglo-francés, americano-australiano, chino-japonés, y ruso. Cada sistema individual recibió diversos territorios en todas las zonas climáticas, suficientes para asegurar la construcción de la economía nacional, y luego, aun manteniendo relaciones culturales, llevaron adelante una vida política y económica basada en regímenes muy diferentes.

En Anglo-Francia, la oligarquía de los funcionarios soviéticos degeneró muy pronto en régimen capitalista; retornada al sistema parlamentario, América desnacionalizó en cierta medida su producción, conservando sin embargo como base la economía estatal en la agricultura; Nipo-China retornó rápidamente a la monarquía en política, aunque conservó formas peculiares de socialismo en la economía; sólo Alemania mantuvo tal cual el régimen de los años veinte.

En cuanto a la historia de Rusia, presentaba el siguiente aspecto. Si bien había conservado religiosamente el sistema de los soviets, no logró nacionalizar totalmente la agricultura.

Los campesinos, que representaban una enorme masa social, eran bastante reacios a la comunicación y, cinco o seis años después del fin de la guerra civil, los grupos campesinos comenzaron a gozar de una notable influencia tanto en los soviets locales como en el Comité ejecutivo central panruso.

Su fuerza estaba notablemente reducida por la política oportunista de los cinco partidos socialrevolucionarios que más debilitaron la influencia de las uniones campesinas puramente clasistas.

Durante diez años ninguna corriente tuvo una mayoría estable en los congresos de los soviets, y el poder pertenecía de hecho a las dos fracciones comunistas que, en los momentos críticos, siempre supieron ponerse de acuerdo y sacar a la calle imponentes manifestaciones de las masas obreras.

Sin embargo, el conflicto que surgió entre ellas con motivo del decreto sobre la introducción de métodos "eugenésicos" creó una situación que desembocó en la victoria de los comunistas de derecha al precio de la formación de un gobierno de coalición y de una modificación de la constitución a través de la equiparación del voto de los campesinos y de los habitantes de las ciudades. A partir de la reelección de los soviets se creó un nuevo congreso de los soviets con una mayoría absoluta de agrupaciones clasistas exclusivamente campesinas, y desde 1932 hay una mayoría campesina constante en el Comité ejecutivo central panruso y en los Congresos; como respaldo de una lenta evolución, el régimen se hace cada vez más campesino.

Sin embargo, la política ambigua de los círculos intelectuales socialrevolucionarios y el método de las manifestaciones y de las insurrecciones callejeras sacudieron aun más las bases de la constitución soviética y obligaron a los dirigentes campesinos a mantener la coalición en el seno del Consejo de los comisarios del pueblo, a

lo que contribuyeron múltiples tentativas de golpes de estado reaccionarios por parte de algunos elementos ciudadanos. En 1934, después de una sublevación cuyo fin era instaurar una oligarquía de intelectuales según el modelo francés, sostenida por motivos tácticos por los metalúrgicos y textiles, Mitrofanov organizó por primera vez un Consejo de comisarios del pueblo clasista exclusivamente campesino, e hizo adoptar por el Congreso de los soviets el decreto de la eliminación de las ciudades.

La sublevación de Varvarin de 1937 fue la última llamarada del papel político de las ciudades, después de lo cual se disolvieron en el mar campesino.

En los años cuarenta fue aprobado y puesto en práctica el plan general de estructura agraria. Se instalaron los meteoróforos, redes de estaciones de flujo magnético que dirigían los fenómenos atmosféricos según los métodos de A. A. Minin. Los años sesenta estuvieron signados por violentos tumultos religiosos y por la tentativa de la Iglesia de apoderarse del poder civil en el distrito de Rostov.

Los ojos de Alexei se cerraban y su cerebro exhausto rehusaba asimilar algo más. Kremnev apagó la luz y cerró los ojos. Pero los de Katerina lo turbaron por largo rato y no logró adormecerse hasta muy avanzada la noche.

CAPÍTULO NOVENO, QUE LAS JÓVENES LECTORAS PUEDEN PASAR POR ALTO, PERO QUE SE RECOMIENDA PARTICULARMENTE A LOS MIEMBROS DEL PARTIDO COMUNISTA

Estantes en los que relucía la doradura opaca de las encuadernaciones de cuero y algunos iconos de Vladimir-Suzdal constituían los únicos adornos del amplio estudio de Alexei Alexandrovich Minin.

El retrato de su padre, célebre profesor en Voronezh, y luego en Constantinópolis, completaba el mobiliario de la habitación, toda en tonos de índigo oscuro.

—Es mi deber —dijo para comenzar el hospitalario dueño de casa— hacerle conocer la naturaleza del ambiente en que vivimos, pues sin eso usted no comprendería el significado de nuestras instalaciones técnicas, ni siquiera su misma posibilidad. Pero a decir verdad, Mr. Charlie, no sé bien por dónde empezar. Usted es casi un redivivo, y me es difícil juzgar en qué campo de nuestra vida ha encontrado cosas particularmente nuevas e inesperadas.

—Me gustaría conocer —dijo Kremnev— las nuevas bases sociales sobre las que se ha edificado la vida de Rusia después de la revolución campesina de 1930; sin ellas, pienso que me será difícil comprender todo el resto.

Su interlocutor no respondió rápidamente, como si reflexionara sobre lo que iba a decir.

—Usted me pregunta —comenzó— por los principios introducidos en nuestra vida social y económica por el poder campesino. En el fondo, lo que se necesitaba no eran *nuevos* principios, nuestra tarea consistía en la afirmación de *antiguos* principios seculares, que habían estado en la base de la economía campesina.

Nuestro objetivo consistía sólo en reforzar estos grandes principios inmemoriales, profundizar su valor cultural, transformarlos espiritualmente y dar a su encarnación una organización técnico-social tal que ellos no sólo pudiesen manifestar la excepcional fuerza de resistencia pasiva que desde siempre les fue propia, si no que también tuviesen potencia activa, agilidad, y, si quiere, fuerza de empuje.

En la base de nuestro sistema económico, como en la base de la antigua Rusia, está la hacienda campesina individual. La hemos considerado, y seguimos considerándola, como el tipo más perfecto de actividad económica. En ella el hombre no se opone a la naturaleza, en ella el trabajo se efectúa en el contacto creativo con todas las fuerzas del cosmos, y crea nuevas formas de existencia. Cada trabajador es un creador, cada manifestación de su individualidad es arte del trabajo.

Inútil decirle que no hay nada más sano que el trabajo y la vida en el campo, que la vida del agricultor es la más variada, y otras cosas obvias. Es éste el estado natural del hombre, del cual lo ha alejado el demonio del capitalismo.

Sin embargo, para asegurar el régimen de una nación del siglo XX sobre la base de la hacienda campesina, era indispensable que resolviésemos dos problemas organizativos fundamentales.

Un problema *económico,* cuya solución exigía la creación de un sistema de economía nacional que se apoyase en la hacienda campesina, le confiriese el papel directivo, pero que al mismo tiempo constituyese un aparato económico nacional que en su funcionamiento no fuera técnicamente inferior a ningún otro aparato imaginable y se mantuviera automáticamente, sin la ayuda de una coacción administrativa no económica.

Luego, un problema *social* o, si quiere, cultural, es decir el problema de la organización social de la existencia de amplias masas populares en formas tales que permitieran la conservación, a pesar del hábitat rural, de las formas más elevadas de la vida social que fueron por largo tiempo monopolio de la cultura urbana, y que

fuera posible en todos los campos de la vida del espíritu un progreso cultural al menos tan grande como bajo cualquier otro régimen.

En estas circunstancias, Mr. Charlie, no sólo debemos resolver ambos problemas, sino también reflexionar seriamente sobre los medios para lograrlo. Para nosotros era importante no sólo *lo que* queríamos conseguir, sino también *cómo* podía alcanzarse este objetivo.

La época del colectivismo de estado, cuando los ideólogos de la clase obrera realizaban sobre la tierra sus ideales con los métodos del absolutismo iluminado, condujo a la sociedad rusa a una estado de reacción anárquica tal que hacía imposible instaurar cualquier nuevo régimen con una ley o un decreto sancionado por la fuerza de las bayonetas.

Y luego, la idea de cualquier monopolio en el campo de la creación social era extraña al espíritu de nuestros ideólogos.

Al no ser partidarios de una concepción del mundo, de un pensamiento y de una acción de tipo monístico, la mayor parte de nuestros dirigentes tenía una mente capaz de adoptar una visión del mundo pluralista, y opinaba por eso que la vida encontraba su justificación sólo cuando podía manifestar plenamente todas sus posibilidades y desarrollar todas las semillas en ella contenidas.

En pocas palabras, debemos resolver los problemas existentes de manera de ofrecer la posibilidad a cada proyecto, a cada esfuerzo creativo, de entrar en competencia con nosotros. Nuestra ambición era conquistar el mundo con la fuerza interior de nuestra causa y con nuestra organización, con la superioridad técnica de nuestra idea organizativa, y no rompiendo la cara a quien pensara de otra manera.

Además, siempre hemos opinado que el estado y su aparato no eran en efecto la única expresión de la vida de la sociedad; por eso, en la parte principal de nuestra reforma, hemos confiado en métodos sociales de solución de los problemas planteados y no en procedimientos de coacción estatal.

Por otra parte, nunca nos hemos adherido obtusamente a principios, y cuando nuestra causa se hallaba amenazada por fuerzas externas, y la oportunidad nos obligaba a recordar que teníamos en las manos el poder político, nuestras ametralladoras no funcionaban peor que las de los bolcheviques.

De los dos problemas que he señalado, el económico no presentaba para nosotros dificultades particulares.

Usted sabrá por cierto que durante el período socialista de nuestra historia, la hacienda campesina era considerada como algo inferior, una especie de protomateria a partir de la cual se habrían de cristalizar las "formas superiores de la gran hacienda colectiva". De aquí la vieja concepción de las fábricas de pan y carne. Ahora está claro para nosotros que este punto de vista tenía un origen más genético que lógico. El socialismo fue concebido como la antítesis del capitalismo; nacido en aquella cámara de torturas que era la fábrica capitalista alemana, llevado a la madurez por la psicología del proletariado urbano extenuado por el trabajo forzado de generaciones que habían olvidado todo trabajo y todo pensamiento creativos individuales, podía concebir el régimen ideal sólo como negación del régimen vigente.

El obrero, siendo un mercenario, cuando construyó su ideología insertó el mercenarismo en el credo del régimen futuro, y creó un sistema económico en el que todos eran ejecutores y sólo algunos individuos gozaban del derecho a crear.

Pero perdóneme, Mr. Charlie, me he alejado un poco de mi objetivo. Y así, los socialistas consideraban a los campesinos como una protomateria, puesto que sólo poseían experiencia económica dentro de los límites de la industria manufacturera, y sólo eran capaces de pensar con los conceptos y las formas de su experiencia orgánica.

Para nosotros, en cambio, estaba clarísimo que, desde el punto de vista social, el capitalismo industrial no era otra cosa que un ataque monstruoso de una enfermedad que había golpeado a la industria manufacturera como consecuencia de las peculiaridades de su naturaleza, y no constituía en efecto un freno para el desarrollo de toda la economía nacional.

Gracias a la naturaleza profundamente sana de la agricultura, ésta evitó el cáliz amargo del capitalismo, y no tuvimos necesidad de dirigir su desarrollo sobre dicha vía. Más que el mismo ideal colectivista de los socialistas alemanes, que dejaba a las masas de trabajadores la tarea de convertirse en ejecutores de las prescripciones políticas en el trabajo económico, nos parecía también, desde el punto de vista social, sumamente lejos de la perfección frente al régimen de la agricultura de labranza, en la que el trabajo no está separado de la creación de formas organizativas, donde la libre iniciativa personal permite a cada ser humano manifestar todas las posibilidades de su desarrollo espiritual, dejándole al mismo tiempo la posibilidad de utilizar, en caso de necesidad, toda la potencia de la gran economía colectiva así como la de las organizaciones sociales y estatales.

Desde el comienzo del siglo xx, los campesinos colectivizaron y elevaron al rango de gran empresa cooperativa a todas las ramas de su producción en donde las grandes haciendas económicas eran

más ventajosas que las pequeñas y, en su forma actual, éste es el organismo más estable y más perfecto desde el punto de vista técnico.

Ésta es la base de nuestra economía nacional. Fue muy arduo organizar la industria manufacturera. En realidad, hubiera sido una ingenuidad contar en este campo con el renacimiento de la producción familiar.

Teniendo en cuenta el actual nivel técnico de las fábricas, el artesanado y los pequeños oficios están excluidos de la mayor parte de las ramas de la producción. De igual manera, también aquí el espíritu de iniciativa campesino nos sacó de apuros; la cooperación campesina, que beneficiaba con un volumen de ventas garantizado y amplísimo, ha sofocado al nacer toda posibilidad de competencia para la mayoría de los productos.

A decir verdad, les hemos dado una mano, despedazando los riñones de las fábricas capitalistas con impuestos considerables, que no se extendían a la producción de las cooperativas.

Sin embargo, entre nosotros aún existe la iniciativa privada de tipo capitalista: en los campos donde las empresas gestionadas colectivamente son impotentes, y en los casos en que el genio organizativo ha vencido sobre nuestros impuestos draconianos gracias a su nivel técnico. Ni siquiera tratamos de liquidar estas iniciativas, puesto que consideramos necesario conservar para los compañeros cooperativistas una cierta amenaza de competencia permanente y preservarlos así del estancamiento técnico. Sabemos que también los capitalistas de hoy tienen dientes de lucio, pero ya es viejo el proverbio que dice: "el lucio está en el mar para que el carasio no duerma."

Sin embargo, este capitalismo residual es docilísimo, como también lo es la industria cooperativa, más recalcitrante, puesto que nuestra legislación de trabajo protege al obrero de la explotación mucho mejor de lo que lo hicieron las leyes de la misma dictadura obrera, bajo las cuales una enorme porción del plusvalor era apropiada por grupos de funcionarios en las direcciones generales y en los ministerios.

Además, si nos hemos desprendido de todas las haciendas económicas, hemos dejado al estado el monopolio de los bosques, del petróleo y del carbón; disponiendo de todas las fuentes de combustibles, dirigimos toda la industria manufacturera.

Si a esto se agrega que la circulación de mercancías se halla en gran parte en manos de los cooperativistas y que el sistema de las finanzas públicas se basa en la imposición del rédito a las empresas que usan el trabajo asalariado y sobre los impuestos indirectos, tendrá usted un esquema bastante claro de nuestra economía nacional.

—Perdóneme —interrumpió Kremnev— ¿he oído bien? ¿Ha dicho usted que las finanzas públicas se basan en la tasación indirecta?

—Muy cierto —respondió sonriendo Alexei Alexandrovich. Un método tan "atrasado" lo sorprende y le parece contradictorio, en comparación con vuestros sistemas americanos de impuestos progresivos sobre el rédito. Pero esté seguro de que nuestros impuestos indirectos resultan tan progresivamente incorporados al rédito como lo son los vuestros. Conocemos suficientemente la composición y el mecanismo del consumo de cualquier capa de nuestra sociedad como para establecer impuestos que gravan sobre todo no las mercancías de primera necesidad, sino aquello que sirve como elemento de riqueza; además, aquí no hay diferencia tan grande entre los réditos medios. La imposición indirecta también tiene la ventaja de no hacer perder un minuto al contribuyente. Nuestro sistema estatal está construido en general de un modo tal que se puede vivir por años en el distrito, digamos, de Volojolamsk sin recordar ni una sola vez que existe un estado en cuanto poder constrictivo.

Esto no significa que tengamos una organización estatal débil. Simplemente, nos atenemos a métodos de trabajo estatal que evitan asfixiar a nuestros conciudadanos.

En el pasado se presumía ingenuamente que era posible dirigir la economía nacional solamente ordenando, sometiendo, nacionalizando, prohibiendo, prescribiendo, dando órdenes, en pocas palabras, haciendo realizar a ejecutores abúlicos el plan de la vida económica nacional.

Siempre hemos pensado, y ahora nuestros cuarenta años de experiencia lo demuestran, que estos accesorios paganos, gravosos tanto para los gobernantes como para los gobernados, son tan necesarios como los rayos de Júpiter sirven para el mantenimiento de la moralidad actual. Hemos abolido los métodos de este tipo, así como en sus tiempos fueron abandonados las catapultas, los arietes, el telégrafo óptico y las murallas del Kremlin.

Poseemos medios de influencia indirecta mucho más precisos y eficaces, y siempre sabemos colocar cualquier rama de la economía nacional en condiciones de existencia tales que ésta corresponda a nuestros objetivos.

Más tarde, sobre una serie de casos concretos, trataré de demostrarle la fuerza de nuestro poder económico.

Pero ahora, para concluir mi exposición sobre la economía nacional, permítame atraer su atención sobre dos problemas organizativos particularmente importantes para comprender nuestro sistema.

El primero es el de la estimulación de la vida económica nacional. Si usted recuerda la época del colectivismo de estado, y la disminución de las fuerzas productivas de la economía nacional que lo caracteriza, y si examina las bases de este fenómeno, comprenderá que las causas principales no estaban en efecto en el mismo plano de la economía nacional.

Es necesario hacer justicia al ingenioso espíritu de organización de J. Larin y V. Miliutin:[12] sus proyectos fueron óptimamente concebidos y elaborados hasta en los particulares. Pero no basta elaborar, también es necesario realizar, pues la política económica es antes que nada el arte de cumplir, y no el de redactar planes.

No basta proyectar una máquina, también es necesario encontrar los materiales adecuados para construirla así como la fuerza que la hará funcionar. No se construye una torre Eiffel con pajitas, y los brazos de dos obreros no pondrán en movimiento una rotativa.

Si examinamos el mundo presocialista, veremos que su compleja máquina estaba movida por las fuerzas de la codicia humana y del hambre; era el interés personal de cada componente, desde el banquero hasta el último obrero, proveer una actividad económica intensa, y este interés estimulaba su trabajo. La máquina económica tenía en cada uno de sus miembros un motor que la accionaba.

El sistema del comunismo dio a todos aquellos que participaban en la vida económica un jornal de función, y así cortó todo género de estímulo al trabajo. El trabajo como hecho naturalmente continuaba subsistiendo, pero la tensión del trabajo estaba ausente, porque faltaba la base. La ausencia de estímulos se manifestaba no sólo en los ejecutores, sino también en los organizadores de la producción puesto que, como todos los funcionarios, estaban interesados en la perfección de la función económica en sí, en la precisión y en la limpieza del trabajo del aparato económico, y para nada en el resultado de dicho trabajo. Para ellos, el efecto producido por la actividad era más importante que sus resultados materiales.

Tomando en nuestras manos la organización de la vida económica, hemos establecido inmediatamente todos los motores que estimulan la actividad económica privada: salario a destajo, porcentajes a los organizadores, y sobreprecios-premios para los productos de la economía campesina en los que era necesario incrementar la producción, como las moras en el norte.

---

[12] Economistas y dirigentes soviéticos.

Al reinstaurar los estímulos de la economía privada, naturalmente debíamos ajustar cuentas con la distribución desigual de la renta nacional.

En este campo ya se había realizado la parte del león mediante la aprobación por parte de los aparatos cooperativos de las tres cuartas partes de la vida económica nacional en el campo de la industria y del comercio, pero subsiste el problema de la democratización de la renta nacional.

Estamos empeñados, en primer lugar, en debilitar la parte que deriva de réditos no laborales; en este campo, las medidas principales fueron los impuestos sobre el rédito inmobiliario, la supresión de las sociedades por acciones y de la mediación crediticia privada.

Estoy usando la vieja terminología económica, Mr. Charlie, para que usted comprenda de qué se trata, puesto que todavía está en vigor en su país, mientras que aquí... no sé en verdad si los jóvenes de hoy la conocerían. Ésta ha sido nuestra solución del problema económico.

Mucho más complejo y difícil para nosotros fue el problema social, es decir el mantenimiento y desarrollo de la cultura paralelamente con la supresión de las ciudades y de las rentas.

Pero ya está sonando la campana del desayuno —interrumpió su relato el interlocutor de Alexei, al ver a Katerina que golpeaba con visible alegría y encarnizamiento sobre un gong suspendido en el centro del amplio patio.

CAPÍTULO DÉCIMO, EN EL CUAL SE DESCRIBE LA FERIA DE BELAIA KOLP Y SE MANIFIESTA EL PLENO ACUERDO DEL AUTOR CON ANATOLE FRANCE ACERCA DE QUE UNA NARRACIÓN SIN AMOR ES COMO TOCINO SIN MOSTAZA

Por el *Libro de los gastos del Patriarcado* llegado hasta nosotros, sabemos que a principios del 1700 se servía cotidianamente a la mesa del santísimo patriarca Adriano "pan, lucio en escabeche ligero, sopa de col con panzas de peces, pez con rábanos, filet de esturión real, pastel de ternero, y también no menos de otras veinte pitanzas en cantidades asombrosas y de exquisita calidad". Comparando esta comida de los tiempos pasados con el utópico festín en la acogedora casa de los Minin, será necesario reconocer que la mesa del patriarca era un poquito más abundante, pero sólo un poquito. Puesto que, obedeciendo a las órdenes de Paraskeva, retornada de Moscú, apareció sobre la mesa una cantidad tal de pastelitos y pasteles de pescado, de carasios al horno y de carasios a la crema ácida, y de otras pitanzas, que sus pies se habrían doblado indudablemente si hubieran sido más delicados, y el militante socialista Kremnev concluyó simplemente que todos los comensales habrían de morir en la velada por los excesos. Sin embargo, las especialidades nacionales preparadas para instruir al americano desaparecían muy rápidamente sin dejar rastros, y dejaban su lugar a alabanzas cada vez mayores a Paraskeva, que pedía modestamente dirigirlas a la *Cocina rusa* redactada en 1818 por el señor Levshin.

Luego de haber descansado en el henil después de la comida, según la costumbre ortodoxa, los jóvenes llevaron a Kremnev a la feria de Belaia Kolp.

Mientras Kremnev y sus compañeros caminaban a lo largo de la orilla del Lama, sombras de nubes se extendían sobre el prado segado, los serbales en flor formaban manchas amarillas a lo largo del sendero, y en el aire denso del otoño flotaban telarañas.

Katerina caminaba con la frente en alto, y su sagoma, delineada por un golpe de viento, se recortaba sobre las lejanías azulinas que se extendían del otro lado del río. Meg y Natasha cortaban flores. Se sentía el olor del ajenjo otoñal.

—¡He aquí la carretera!

Salieron al gran camino bordeado de abedules llorones, y a la distancia aparecieron las cúpulas de la iglesia de Beleia Kolp.

Los transeúntes eran rebasados por carros pintados como fuentes, rebosantes de muchachas y muchachos que quebraban nueces. Sobre la carretera resonaban las sonoras modulaciones de coplas:

El pichoncito está sobre el techo,
Al pichoncito lo quieren matar;
Aconsejadme vosotras, amigas,
A cuál de los tres amar.

Kremnev se asombró por la ausencia casi total de diferencias entre sus compañeros y los que los cruzaban o los pasaban. Los mismos vestidos, el mismo acento y la misma terminología moscovita. Con alegría y placer manifiestos, Paraskeva respondía bromeando a las amabilidades de los jovencitos que pasaban en las calesas, mientras que Katerina brincó directamente sobre uno de los carros, besó a todas las muchachas que allí estaban sentadas, y despojó a un sorprendido muchacho de un gorro lleno de nueces, metiéndole en la boca un pedazo de plátano.

La feria estaba en pleno desarrollo.

En los puestos se veían pilas de pan con pimienta de Tula, tostado y con fruta abrillantada, pan con pimienta de Tver a la menta, que tenía forma de pez, de oficial, y suaves y multicolores gelatinas de fruta de Kolomna.

Los siglos transcurridos no habían cambiado en nada los dulces campesinos, y sólo un ojo atento podía notar una discreta cantidad de piñas abrillantadas, cáscaras de plátanos, y una extraordinaria abundancia de óptimo chocolate.

Unos muchachitos silbaban como en los viejos tiempos en gallitos de arcilla dorada, como se hacía por otra parte en tiempos de Iván Vasilevich [13] y en Novgorod la Grande. Una doble armónica tocaba una polka vivaz.

En resumen, todo se desarrollaba en el mejor de los mundos.

Katerina, a quien se había confiado la tarea de instruir a Mr. Charlie, lo condujo bajo un gran toldo blanco, y como único comentario dijo:

—¡Hélo aquí!

En el interior de la tienda colgaban cuadros de escuelas antiguas y contemporáneas. Kremnev reconoció con alegría "viejos conocidos": Venetsianov, Jonchalovski, el *San Jerónimo* debido a Ribnicov, *El profeta Elías* de la escuela de Novgorod de la colección Ostrujov, y centenas de nuevos cuadros y esculturas desconocidas, que le recordaron inmediatamente su conversación de la víspera con Paraskeva.

Se detuvo frente al *Cristo adolescente* de Giampetrino que lo cautivaba en el Museum Rumiancev, y preguntó, a riesgo de traicionar su incógnita:

—¿Cómo han podido llegar a la feria de Belaia Kolp?

Paraskeva se apresuró a explicarle que aquel barracón representaba una exposición ambulante del Museo de Volojolamsk, en el cual se hallaban temporalmente algunos cuadros de Moscú.

La densa multitud de visitantes que miraba con atención intercambiaba observaciones, testimoniaba a los ojos de Kremnev que las artes figurativas se habían adentrado establemente en las costumbres campesinas y encontraban una buena acogida. De ello se convenció al ver el ardor con que era adquirida, junto a la entrada, la 132a. edición del libro de P. Muratov *Historia de la pintura en cien páginas*, y el librito *De Rojotov a Ladonov* cuya cubierta leyó Kremnev, comprobando que Paraskeva no sólo sabía hablar de pintura sino también escribir libros.

Bajo un toldo cercano, unos campesinos se amontonaban alrededor de muestras de bordados rusos antiguos, mientras dos muchachas estudiaban un pequeño armario de Boulle.

---

[13] Más conocido como Iván el Terrible.

Poco después, la exposición comenzó a vaciarse, el rumor de las voces y los repiques de una campana anunciaron el comienzo de los juegos rítmicos que debían ser seguidos por un torneo de astrágalos, por una carrera de obstáculos y por otras competiciones por el primado de la comuna de Iaropolec. Enormes manifiestos celestes anunciaban para las siete el *Hamlet* del señor Shakespeare en la interpretación de la Unión cooperativa local.

Pero era necesario apurarse para regresar, y pasar todavía por el colmenar para abastecerse de miel. Por eso, abandonando los festejos, la compañía sólo tuvo tiempo de dar una vuelta por la exposición de figuras de cera realizada por la sección cultural y educativa de la Unión campesina de la provincia.

Bustos de cera —retratos de todos los personajes históricos— estaban colocados a lo largo de las paredes, diversos panoramas hacían conocer al visitante los acontecimientos más importantes de la historia nacional y mundial así como exóticos países tropicales.

Maniquíes articulados representaban a Julio César delante del Rubicón, a Napoleón sobre los muros del Kremlin, la abdicación de Nicolás II y su muerte, a Lenin que pronunciaba un discurso en el Congreso de los soviets, a Sedov que destruía la insurrección de las dactilógrafas, al bajo Chaliapin mientras cantaba, y también al bajo Gaganov.

—¡Mire, parece su retrato! —exclamó Katerina.

Kremnev quedó petrificado: bajo un globo, sobre un fondo de tela, frente a él había un busto que parecía una fotografía, con la inscripción: "Alexei Vasilevich Kremnev, miembro del colegio del Consejo Mundial de las economías nacionales, opresor del movimiento campesino ruso. Según los médicos, debía sufrir de manía de persecución; la degeneración está netamente expresada en la asimetría del rostro y en la conformación del cráneo."

Alexei se ruborizó y no se atrevió a mirar a sus compañeros.

—¡Ésta es bella! La semejanza es extraordinaria, y hasta el saco es como el suyo, Mr. Charlie —exclamó Nikifor Alexevich.

La turbación se apoderó de todos, y salieron silenciosamente de la tienda de las figuras de cera.

Era necesario apurarse para regresar, pero Katerina llevó a Kremnev al colmenar para tomar la miel. El sendero atravesaba huertas plantadas de coles. Firmes, casi azules, las bolas de col remarcaban con sus manchas vivaces el negro de la tierra. Dos mujeres robustas, que llevaban vestidos blancos con lunares rosas, cortaban las más maduras y las arrojaban sobre un carrito de dos ruedas.

Por primera vez desde el comienzo de su viaje a la utopía, Alexei, perturbado por la visión de su sosia de cera, sintió claramente y hasta el fondo cuán grave y sin salida era su situación.

El pecado original de su nacimiento usurpado lo ataba de pies y manos, y su verdadero nombre era probablemente una marca de infamia en el reino de la utopía campesina.

Pero este mundo que lo rodeaba, con sus huertas de coles, sus lejanías azulinas y los racimos rojos de los serbales, ya no le era extraño.

Sentía hacia él una adhesión nueva y preciosa, una afinidad aun más grande que con el mundo socialista que había abandonado; y la causa de esta afinidad —Katerina, con las mejillas enrojecidas por el rápido andar— caminaba cerca suyo, fascinada, y se le había estrechado insensiblemente.

Disminuyeron el paso para bajar a lo largo de la pendiente del arenal abandonado. Alexei rozó su mano y sus dedos se unieron.

Sobre la tierra arada y negrísima se levantaban en líneas regulares los racimos de manzanas de las ramas retorcidas, como en una antigua estampa japonesa, sobrecargados de fruta.

Las grandes manzanas, rojas y perfumadas, y los troncos blanqueados de cal, saturaban el aire con un olor de fecundidad, y le parecía que este olor rezumaba por los poros del cuello y de los brazos desnudos de su vecina. Así comenzó su amor utópico.

CAPÍTULO UNDÉCIMO, MUY SIMILAR AL CAPÍTULO NOVENO

Cuando Kremnev y su compañera retornaron a la casa, ya hacía mucho que los esperaban para la cena.

La acogida fue fría, y todos se sentaron a la mesa en silencio. Se sentía una especie de inquietud en la casa. Se hablaba de los amenazadores sucesos de Alemania, de la pretensión del Consejo alemán de los comisarios del pueblo de reexaminar la frontera galitziana. A Kremnev le pareció que no sólo él sino también Katerina se sentía culpable de algo indefinido.

También percibió una cierta sequedad en la actitud de Alexei Alexandrovich cuando entró por la noche en su estudio para proseguir la conversación de la mañana.

—En nuestra conversación de esta mañana —comenzó el canoso patriarca— he omitido mencionar otra peculiaridad de nuestro régimen económico. De acuerdo con nuestras aspiraciones a la democratización de la renta nacional, naturalmente hemos pulverizado los recursos de que disponíamos y, también naturalmente, hemos obstaculizado la formación de grandes fortunas.

Pese a todas las ventajas de este fenómeno, también tuvo sus inconvenientes. En primer lugar, retrasaba la acumulación de los capitales. El producto nacional pulverizado resultaba casi totalmente consumido, y la fuerza de formación de capitales en nuestra sociedad, sobre todo después de la supresión de la mediación crediticia privada, fue obviamente insignificante.

Por eso fue necesario realizar esfuerzos considerables para que las cooperativas campesinas y algunos órganos gubernamentales tomaran serias medidas para crear capitales sociales especiales y acelerar así la formación de capitales. De este paquete de iniciativas forma parte el generoso financiamiento que se concede a cualquier inventor o empresario que trabajen en nuevas ramas de la vida económica.

Otra consecuencia de la democratización de la renta nacional fue un sensible debilitamiento del mecenazgo y la reducción del número de personas inactivas, es decir de los dos sustratos que nutrían en gran parte al arte y a la filosofía.

Pero también aquí el espíritu de iniciativa campesino, alentado un poco, confieso, por la administración central, supo solucionar el problema.

Para que florezcan las artes, es preciso que la sociedad dispense una atención particular y una demanda activa y generosa sobre sus productos. Estas dos condiciones ya existen: hoy usted ha visto en Belaia Kolp una exposición de pintura y la actitud del público; es indispensable agregar que la actual edilicia rural calcula los frescos ordenados por centenas cuando no directamente por miles de sazhen [14] cuadradas. Encontrará estupendos ejemplos de pintura en las escuelas y en las Casas del pueblo de cualquier comuna. Existe una importante demanda privada.

Pero ¿sabe, Mr. Charlie, que aquí la demanda no sólo se refiere a las obras de los artistas, sino también a los artistas en persona? Conozco más de un caso en que esta o aquella comuna o distrito ha decidido un contrato plurienal (e invertido sumas considerables) con un artista, un poeta, un científico, sólo para que eligiese domicilio en su territorio. Admita que esto recuerda a los Médici y los Gonzaga de los tiempos del Renacimiento italiano.

Además, sostenemos intensamente la "Confraternidad de los santos Floro y Lauro", "El Isógrafo de Olimpo" y no pocas otras organizaciones, cuyo funcionamiento, creo, usted ya conoce.

Como ve, hablando del problema económico hemos abordado sin darnos cuenta el social, más difícil y complejo para nosotros.

Nuestra tarea consistía en resolver el problema del individuo y de la sociedad. Era necesario edificar una sociedad humana tal que la persona no sintiese ninguna obligación, mientras la sociedad, a través de medios invisibles para el individuo, se convirtiese en guardiana del interés general.

---

[14] Sazhen = 2.134 m.

Sin embargo, nunca hemos considerado a nuestra sociedad como un ídolo ni a nuestro estado como un fetiche.

Nuestro criterio final siempre ha sido la profundización del contenido de la vida humana, la plenitud de la personalidad humana. El resto era sólo un medio. Entre estos medios, opinamos que los más potentes e indispensables son la sociedad y el estado, sin olvidar nunca, sin embargo, que sólo son medios.

Somos particularmente prudentes en lo referente al estado, que sólo utilizamos cuando lo exige la necesidad. La experiencia política de muchos siglos nos enseña que la naturaleza humana permanece casi siempre naturaleza humana, que el endulzamiento de las costumbres adviene con la velocidad de los procesos geológicos. Las naturalezas fuertes, dotadas de la ambición de poder, siempre aspiran a crearse una vida rica y plenamente integral en detrimento de la ajena. Comprendemos perfectamente que la vida de Herodoto de Ática, de Marco Aurelio, de Vasilich Golicyn difícilmente habrán sido inferiores en contenido y profundidad a la vida de los mejores contemporáneos. Toda la diferencia estriba en el hecho de que entonces tenían acceso a tal vida sólo algunos individuos, mientras que ahora son decenas de miles, y en el futuro serán, espero, millones. El progreso social sólo consiste, precisamente, en la ampliación del cerco de aquellos que se nutren en las fuentes originales de la cultura y de la vida. El néctar y la ambrosía ya no son el alimento de los dioses del Olimpo, sino que adornan actualmente el hogar de simples campesinos.

En los dos últimos siglos, la sociedad se desarrolla inexorablemente en dirección de un progreso similar, y tiene obviamente el derecho de defenderse. Cuando naturalezas fuertes, o hasta grupos enteros de naturalezas fuertes, obstaculizan este progreso, la sociedad puede defenderse, y desde este punto de vista el estado es un instrumento que ha dado pruebas de eficacia.

Además, no es un mal instrumento para toda una serie de necesidades técnicas.

¿Pregunta usted cómo está organizado aquí? Como sabe, el desarrollo de las formas estatales no sigue los caminos lógicos, sino los históricos. Esto también explica en parte muchas de nuestras actuales instituciones. Usted sabe que el nuestro es un régimen soviético, el régimen de los soviets campesinos. Por un lado, es la herencia del período socialista de nuestra historia, por el otro contiene no pocos elementos preciosos. Es preciso notar que en el ambiente campesino las bases de este régimen existían, mucho antes de octubre de 1917, en el sistema de gestión de las organizaciones cooperativas.

Los principios fundamentales de este sistema son por cierto conocidos para usted, y no me detendré en ellos.

Diré solamente que apreciamos en él la idea de la responsabilidad directa de todos los órganos de poder frente a las masas e instituciones a cuyo servicio se encuentran. A esta regla sólo se han sustraído, aquí, la justicia, el control estatal, y algunas administraciones de los medios de comunicación, que son gestionados por el poder central.

No menos preciosa a nuestros ojos es la división del poder legislativo que permite de esta manera que las cuestiones de principio sean decididas por el Congreso de los soviets después de su discusión en el local —destaco: discusión— que la ley prohíbe a los delegados tener mandatos imperativos. La técnica legislativa en sí es transferida al Comité central ejecutivo, y, en una serie de casos, al Consejo de los comisarios del pueblo.

Un método similar de gobierno permite participar de la mejor manera a las masas populares en el trabajo estatal, y asegura al mismo tiempo la flexibilidad del aparato legislativo.

Por otra parte, estamos muy lejos de ser rigoristas aun en la aplicación práctica de todos estos mecanismos, y admitimos de buen grado variantes locales: así, en la región de Iakutia tenemos el régimen parlamentario, mientras que en Uglich los partidarios de la monarquía se han dado un "príncipe independiente" cuyo poder está limitado, es cierto, por el del soviet local de los diputados; el territorio mongol-altaico está administrado por un "general gobernador" nombrado por el poder central.

—Perdone —lo interrumpió Kremnev—, los Congresos de los soviets, el Comité ejecutivo central y los soviets locales de los diputados no son otra cosa que la sanción del poder; ¿dónde se apoya el propio poder material?

—Oh, queridísimo Mr. Charlie, nuestros conciudadanos ya casi han olvidado estas preocupaciones puesto que hemos despojado casi totalmente al estado de todas las funciones sociales y económicas, y el ciudadano medio no entra prácticamente nunca en contacto con él.

Por otra parte, consideramos al estado como una forma anticuada de organización de la vida social, y las nueve décimas partes de nuestro trabajo se efectúan según métodos sociales, que son precisamente una de las características de nuestro régimen: diversas asociaciones, cooperativas, congresos, alianzas, periódicos, otros órganos de opinión pública, academias, y por fin círculos; éste es el tejido social del que está compuesta la vida de nuestro pueblo en cuanto tal.

Y es justamente aquí, en su organización, donde nos encontramos con problemas organizativos extraordinariamente complejos.

Lamentablemente, la naturaleza humana tiende a la simplificación; abandonada a sí misma, sin contratos sociales ni estímulos psíquicos desde el exterior, se desarrolla gradualmente y disipa su contenido. El hombre abandonado en un bosque se vuelve salvaje, el contenido de su alma empobrece.

Por eso es absolutamente natural que hayamos temido seriamente, después de haber reducido a pedazos las ciudades que por muchos siglos habían sido las fuentes de la cultura, que nuestra población campesina dispersa entre bosques y campos se acidificara poco a poco, perdiera su cultura, como la había perdido durante el período pedroburgués de nuestra historia.

Para luchar contra esta acidificación fue necesario pensar en un drenaje social.

Nos inspiraba preocupaciones aun mayores; el problema del ulterior desarrollo de la cultura, de aquella creatividad de la que éramos deudores a esta misma ciudad.

Nos perseguía un pensamiento obsesivo: ¿era posible la existencia de formas superiores de cultura con un hábitat rural disperso?

La época de la cultura de los propietarios territoriales de los años veinte del siglo pasado, que vio nacer a los decabristas y dio un Pushkin a la humanidad, nos decía que todo eso era materialmente posible.

Sólo restaba encontrar medios técnicos bastante potentes para hacerlo.

Hemos dirigido todos nuestros esfuerzos hacia la creación de medios de comunicación ideales, hemos encontrado los medios para obligar a la población a utilizarlos, aunque sólo fuera para trasladarse al centro local, y hemos reunido en estos centros todos los elementos de cultura de que disponíamos: el teatro distrital y el comunal, el museo distrital con sus filiales comunales, las universidades populares, el deporte bajo todos sus aspectos y sus formas, los coros, todo, comprendidas la Iglesia y la política, fue concentrado en la aldea para incrementar su cultura.

El riesgo era grande, pero durante varios decenios hemos mantenido la campaña bajo tensión psíquica. Una alianza especial de organización de la opinión pública creó decenas de aparatos para suscitar y sostener la energía social de las masas y, confieso, en el campo legislativo se depositaron adecuadamente proyectos de leyes particulares que amenazaban los intereses de los campesinos para estimular deliberadamente su conciencia social.

No obstante, lo que tuvo quizás la mayor importancia en el establecimiento de contactos entre nuestros conciudadanos y las fuentes primarias de la cultura fueron la ley sobre el viaje obligatorio para muchachos y muchachas, y la obligación para todos de hacer dos años de servicio de leva profesional.

Si bien la idea de los viajes, tomada de las corporaciones medievales, ponía al joven en contacto con el mundo entero y ampliaba su horizonte, estaba sometido a una formación todavía más intensa durante el servicio de leva. Puedo decir concienzudamente que no dábamos a éste casi ningún significado estratégico; en caso de ataque extranjero, tenemos medios de defensa más potentes que todos los cañones y fusiles juntos, y si los alemanes pusieran en práctica sus amenazas, se convencerían de eso.

Pero la función pedagógica del servicio profesional, que habitúa a una disciplina moral, es inmensa. El deporte, la gimnasia y la danza rítmica, el trabajo en la fábrica, las marchas, las maniobras, los trabajos del campo, todo eso forja a nuestros conciudadanos y, en realidad, un militarismo de este género rescata todos los pecados del antiguo militarismo.

Falta el desarrollo de la cultura, y ya le he hablado de una parte de lo que se ha hecho en este campo.

La idea principal, que nos ha facilitado la solución del problema, ha sido la selección artificial de las vidas de talento y la asistencia a su organización.

Las épocas pasadas no tenían un conocimiento científico de la vida humana, ni siquiera trataban de edificar una teoría de su crecimiento normal y de su patología; no se conocían las enfermedades en las biografías de la gente y no se tenía idea de la diagnosis y de la terapia de las vidas malogradas.

A menudo, las personas con débiles reservas de energía potencial se consumían como velas y perecían bajo el peso de las circunstancias; los individuos dotados de una fuerza colosal no utilizaban ni siquiera una décima parte de su energía. Hoy conocemos la morfología y la dinámica de la vida humana, sabemos cómo desarrollar todas las fuerzas virtuales del hombre. Potentes asociaciones especiales, con numerosos miembros, tienen bajo observación a millones de personas, y esté seguro de que actualmente ningún talento corre el riesgo de perderse, ninguna facultad humana caerá en el olvido...

Kremnev se levantó trastornado:

—¡Pero es espantoso! ¡Es una tiranía peor que todas las tiranías! Sus asociaciones, que resucitan a los antropósofos alemanes y a los masones franceses, equivalen a cualquier terror político estatal. Por cierto, ¡qué necesidad tenéis de un estado desde el momento en que todo vuestro régimen no es otra cosa que la oligarquía refinada de dos decenas de ambiciosos inteligentísimos!

—No se enoje, Mr. Charlie. Antes que nada, ninguna individualidad fuerte sentirá ni siquiera un leve indicio de nuestra tiranía, y en segundo lugar, usted hubiera tenido razón treinta años atrás: entonces nuestro régimen era una oligarquía de entusiastas plenos de talento. Hoy podemos decir: "Ahora tú deja ir en paz a tu siervo." Las masas campesinas han logrado una participación activa en la definición de la opinión pública del país, y si espiritualmente detentamos el poder, es sólo porque "Und der Kaiser absolut, wenn er unsere Wille tut", como dicen los alemanes.

Trate de que la más fuerte de las organizaciones vaya en contra de la opinión de aquellos que viven y piensan en las isbas de Iaropolec, de Murinov, y de miles de otras localidades, e inmediatamente perderá su influencia y su poder espiritual.

Créame, cuando la cultura espiritual de un pueblo ha alcanzado un nivel muy elevado, ella se mantiene automáticamente y adquiere estabilidad interna. Nuestro deber consiste en encontrar la manera de que cada comuna viva de su propia vida cultural creativa, que la vida del distrito Jorchevski no se distinga cualitativamente de la de Moscú y, alcanzado este objetivo, nosotros, entusiastas del renacimiento de la aldea, discípulos del gran profeta A. Evdokimov, podremos bajar a la tumba tranquilamente.

Los ojos del viejo brillaban con fuego juvenil; ante Kremnev había un fanático.

Kremnev se levantó y se dirigió a Minin con irritación manifiesta:

—Bien, usted dice que la libre persona humana, el estado entero, el deber, la sociedad, son medios. Y entonces, según usted, ¿un criterio social para una autoevaluación de los propios actos es indispensable o superfluo para vuestros ciudadanos?

—Desde el punto de vista de la comodidad de la guía del estado y como fenómeno de masas, es deseable; desde el punto de vista ético no es obligatorio.

—¿Y esto lo predicáis abiertamente?

—Pero trate de comprender, queridísimo —ardió el viejo—, que entre nosotros no existe el robo no porque cada uno tenga conciencia de que robar es malo, sino porque en la cabeza de nuestros conciudadanos ni siquiera puede ser concebido el pensamiento del robo. Para nosotros, si quiere, una ética consciente es inmoral.

—Bien, pero vosotros que de todo eso sois conscientes, vosotros, cimas de la vida espiritual y de la socialidad, ¿quiénes sois? ¿Arúspices o fanáticos del deber? ¿Qué ideales ha estimulado vuestro trabajo de creación de este edén campesino?

—¡Desgraciado! —exclamó Alexei Alexandrovich irguiéndose en toda su estatura—. ¿Qué estimula nuestro trabajo y el de miles de nuestros semejantes? ¡Pregunte a Skriabin qué lo estimuló en la composición de *Prometeo*, qué impulsó a Rembrandt a crear sus visiones fantásticas! ¡La chispa del fuego de Prometeo de la creación, Mr. Charlie! ¿Quiere saber quiénes somos, arúspices o fanáticos del deber? Ni una cosa ni la otra, somos hombres de arte.

CAPÍTULO DUODÉCIMO, QUE DESCRIBE LOS NOTABLES MEJORAMIENTOS EN LOS MUSEOS Y EN LAS DIVERSIONES MOSCOVITAS, INTERRUMPIDOS LUEGO POR UN DESAGRADABLE EVENTO IMPREVISTO

A la mañana siguiente, Kremnev tuvo la sensación de que los habitantes de Belaia Kolp lo trataban aun más fríamente. Alexei Alexandrovich parecía darle de mala gana las explicaciones referentes a la implantación del sistema de los meteoróforos.

Según sus palabras, el vínculo entre este o aquel estrato de la atmósfera y la intensidad de las líneas de fuerza magnéticas había sido revelado desde el 1800. El paso de los ciclones y de los anticiclones siempre tenía una representación magnética. Lo que no estaba del todo claro era lo determinante de dicho nexo: ¿era el tiempo lo que determinaba el estado del campo magnético o el campo magnético el que determinaba al tiempo? El análisis confirmó la segunda hipótesis, y la construcción de una red de cuatro mil quinientas centrales de flujo magnético permitió dominar casi a voluntad el estado del campo magnético y, como consecuencia, del tiempo. Minin pasó a la descripción del meteoróforo, pero notando la poca familiaridad de Alexei con las leyes matemáticas, interrumpió bruscamente sus explicaciones...

Durante el desayuno Kremnev tomó conciencia del carácter intolerable de su situación y percibió que se acercaba una catástrofe, y fue por esto infinitamente feliz cuando Paraskeva le rogó que la acompañara a Moscú para hacer compras y asistir a un concierto espiritual ejecutado por las campanas de Moscú.

Un liviano aeropilo los depositó a las tres en el aeropuerto central, y puesto que faltaba una hora para el inicio del concierto, Paraskeva propuso a Alexei visitar los museos de Moscú; le relató que ahora se había logrado lo que la gran revolución había sido impotente para cumplir, es decir sustraer de la rutina de los museos a todos los tesoros del espíritu que allí se conservaban.

—¡Hasta el Museo histórico ha salido en el 1970 de su letargo!

El nuevo edificio del Museo Rumiancev ocupaba toda una enorme manzana, desde el Maneggio hasta la calle Znamenka, con la fachada hacia los Jardines de Alejandro. En las largas hileras de salas, desfilaron ante él las estupendas visiones de Sandro Botticelli, de Rubens, de Velázquez, y de otros corifeos del arte antiguo, esmaltes japoneses y chinos que nunca había visto hasta entonces, todos regalos de países extranjeros ofrecidos a cambio de iconos de Novgorod y de Suzdal por los museos de Occidente y de los países orientales, como explicó Paraskeva. Alexei recorrió con una mirada superficial decenas de salas, pero se detuvo en la de las reliquias. Lo impresionó el cuarto de Pushkin, que le reveló el alma del gran poeta mejor que las decenas de libros que alguna vez había leído sobre él. Estaba el álbum Ushakov, folletos con poesías para álbum, retratos de los parientes, la casita de Nashekin, y cientos de otros testimonios de aquella vida ilustre.

Se sintió atrapado por las salas de la época de la gran revolución, donde rostros y objetos conocidos, algo velados por el polvo del tiempo, lo miraban de modo particularmente provocativo.

Pero no era posible retrasarse más, en media hora debía comenzar a sonar la primera campana.

Cuando salieron a la calle, montones de gente llenaban las plazas, los parques y jardines situados a orillas del Moscova. Alexei recibió un programa, en el cual leyó que para festejar el fin de la cosecha la Asociación Alexander Smagin invitaba a los campesinos de la región de Moscú a la audición del siguiente programa, ejecutado sobre las campanas del Kremlin, con el concurso de las campanas de otras iglesias de Moscú:

1. Carrillón de Rostov del siglo XVI.
Programa.
2. *Liturgia* de Rajmaninov.
3. Carrillón de Akimov (1731).
4. Reloj musical de Borisiak.
5. Gamas de Egorevsk.
6. *Prometeo* de Skriabin.
7. Carrlllón de Moscú.

Un momento después, un denso repique de la campana Polieleinaia resonó y se expandió sobre Moscú; le respondieron con la octava Kadashi, San Nicolás Gran-Cruz, el Monasterio de la Concepción, y el carillón de Rostov abrazó todo Moscú. Los sonidos de bronce que caían desde lo alto sobre la multitud que había hecho silencio parecían el abatir del ala de algún pájaro desconocido. Concluida su parte, los sonidos de Rostov subieron progresivamente hacia las nubes, mientras las campanas del Kremlin comenzaron las soberbias gamas de la *Liturgia*.

Perturbado, atrapado por el triunfo supremo del arte, Alexei se sintió de repente traslado a la cumbre.

Se volvió rápidamente y vio a Katerina que, con aire de misterio, le hacía señas para que le siguiese... Trató de decirle algo, pero los sonidos de la voz se perdían entre los repiques de las campanas.

Un instante después entraban en las salas del gigantesco restaurante Julia y el Elefante, cuyos grandes ambientes permitían huir de las campanas.

—No sé quién es usted —susurró Katerina, agitada—, sólo sé que usted no es Charlie Man.

Y, perturbada y confundida, le contó que su mala pronunciación inglesa y su purísimo acento ruso, las particularidades de su vestimenta y su ignorancia de las matemáticas, habían creado desde el primer día en su familia una duda que había continuado creciendo, que se le creía un antropósofo que estaba preparando la aventura alemana, que estaba bajo amenaza de arresto o tal vez peor, que ella no creía en aquellas calumnias, que en los dos días pasados había aprendido a conocerlo y a amarlo, que era un hombre fuera de lo común, predador y orgulloso como un lobo, que lo había buscado para advertirle y le suplicaba que huyese, que temía atraer sobre sus rastros al poder judicial que estaba arrestando a los alemanes y a los antropósofos, que la guerra habría de ser declarada de un momento a otro; de repente lo besó en la frente, y también de repente desapareció.

Kremnev, que había pasado años en la clandestinidad rusa en la época de la autocracia, quedó sin embargo aturdido y anonadado por su situación desesperante. Se estremeció notando sobre sí la mirada fija y sospechosa de los camareros.

Salió rápidamente del restaurante a la plaza. Las campanas ya no agitaban el cielo, y la multitud inquieta se dispersaba. Los vendedores de periódicos lanzaban pequeños manifiestos. "La guerra, la guerra" se oía en todos lados.

Ni siquiera tuvo tiempo de dar diez pasos cuando alguien apoyó sobre su hombro una mano pesada, y escuchó una voz: "Deténgase, compañero, está usted arrestado."

CAPÍTULO DECIMOTERCERO, QUE PERMITE CONOCER A KREMNEV LA MALA ORGANIZACIÓN DE LOS LUGARES DE DETENCIÓN DEL PAÍS DE LA UTOPÍA ASÍ COMO ALGUNAS FORMAS DE SU PROCEDIMIENTO JUDICIAL

El amplio Albergue para los viajeros de las tierras de Riazán, provisionalmente transformado en prisión, estaba rodeado por piquetes de la guardia campesina, vestidos con las pintorescas ropas de los arqueros de los tiempos de Alexei Mijailovich.[15]

Cuando el comisario que había arrestado a Kremnev lo condujo al vestíbulo y lo confió en manos del administrador, éste fijó el número del arresto, y después de haber telefoneado al portero, dijo:

—Hemos equivocado un poco el cálculo del espacio disponible, y me veo obligado a sistematizarlo por esta noche en una sala común. Usted parece no tener equipaje. Si es de Moscú, dénos su dirección, y enviaremos a buscar a su casa todo lo indispensable.

Kremnev respondió que lamentablemente estaba de paso, y le prometieron que todo lo necesario le sería procurado por las reservas del albergue.

La sala de conciertos del albergue, adaptada a prisión, parecía la estación de un nudo ferroviario de los bellos tiempos antiguos. Hombres y señoras de edades y condiciones diversas estaban sentados junto a bolsos de viaje y paquetes, con expresión aburrida y enfadada. Había alemanes con chaquetas de piel y quepíes, delgados y lanzados, llenos de altanería teutónica y de desprecio hacia todo lo que los rodeaba. Señoras rusas pálidas, jóvenes de ojos ausentes e incoloros, e individuos vibrantes de origen oriental.

Como Alexei tuvo la oportunidad de comprender luego, las señoras rusas y los jóvenes eran antropósofos, desgraciadas víctimas de las astucias germánicas, subyugados por la gran idea alemana.

Dentro de la sala, el administrador de la cárcel pidió disculpas una vez más a todas las personas allí reunidas por la privación de libertad y las condiciones infernales de sistematización; expresó la esperanza de que en un par de días todos habrían de recuperar la libertad, y prometió campensar los fastidios con una buena comida y todo género de distracciones.

En efecto, la colación, o mejor dicho la cena, no se hizo esperar, y por la noche, los alemanes que habían tomado lugar alrededor de la mesa de juegos se encarnizaban con las cartas, mientras que el resto del público asistía a un pequeño concierto organizado allí por el administrador.

---

[15] El zar Alexei Mijailovich Romanov (1645-1676).

Durmieron sobre pequeñas camas plegables sin desvestirse. A la mañana Alexei soportó un interrogatorio, y a la pregunta de quién era y por qué se hacía pasar por el ingeniero americano Charlie Man, relató sinceramente toda su historia; temía que su relato fuera acogido con carcajadas, y como prueba citó su busto en el museo de cera de Belaia Kolp, y los documentos que probablemente se encontrarían en las salas de las reliquias del Museo Rumiancev.

Para su gran sorpresa, su relato no encontró ni objeciones ni perplejidad, sino que fue tranquilamente apuntado, y se le dijo que a la noche sería sometido a una pericia.

Durante todo el día, penosamente largo, Kremnev permaneció sentado mirando la ciudad desde las ventanas de la habitación que se le había asignado.

El mar social estaba en tempestad, la Rusia campesina, como el viejo Chernomor,[16] hacía surgir de sus vísceras a treinta y tres valerosos caballeros.

Densas columnas de soldados avanzaban, con el rápido paso de los montañeses franceses, sobre el camino bajo las ventanas. Una joven señora con un vestido azul de amazona, sobre un caballo blanco, con un penacho de general sobre la cabeza, pasaba revista a la caballería ligera de las amazonas. Con ánimo agitado Alexei reconoció en el comandante de uno de aquellos escuadrones animosamente guiados las conocidas facciones de Katerina. Luego la caballería dejó paso rápidamente a la infantería, y multitudes de citadinos llenaron todo el espacio visible.

El gentío escuchaba los discursos pronunciados por oradores y otros provenientes de máquinas, y atrapaba al vuelo listas de telegramas lanzados a montones entre la gente.

Hacia la noche, Alexei fue obligado a subir en un automóvil cerrado, y fue llevado a la Calle Mojovaia donde, en la sala redonda del Consejo de la Universidad, lo esperaba una comisión de expertos.

—Díganos —inició su pregunta un viejo manchado con anteojos con montadura de oro— ¿qué es el Oblijomzap? Si usted es realmente un contemporáneo de la gran revolución, debe aclararnos el significado de esta palabra.

Kremnev respondió sonriendo que se trataba del "Comité ejecutivo regional de la región occidental", institución que había existido durante cierto tiempo en Petrogrado, después de la transferencia de la capital a Moscú.

—¿Qué tipo de institución era el Chejmonkult?

---

[16] Personaje fantástico de la fábula de Pushkin *El zar Sultán*.

—El Comité central de la cultura monopolizada, instituido en 1921 para utilización coaccionada de las fuerzas culturales.

—Díganos cuáles son las consideraciones que llevaron a la creación de los Comités de los campesinos pobres, y luego a su supresión.

Kremnev también respondió a esta pregunta de manera bastante satisfactoria.

Se le presentaron una serie de documentos de la época con la petición de que los comentara, lo que cumplió de manera satisfactoria, y por fin debió explicar en detalle y con fatiga la idea de la urbanización de la agricultura,[17] para responder luego a una pregunta sobre las haciendas soviéticas.

Finalmente, sus interlocutores-profesores sacudieron la cabeza por largo tiempo y con expresión compasiva, y le declararon a modo de despedida que indudablemente había leído mucho sobre la época revolucionaria, que se percibía su buen conocimiento de los archivos, pero que no representaba el espíritu de la época, y que, por incomprensión, daba una interpretación aberrante de los sucesos históricos, de los cuales, por lo tanto, en absoluto podía ser reconocido como contemporáneo.

Cuando Alexei fue reconducido a la prisión, las calles desbordaban de una multitud triunfante, que rumoreaba fragorosamente como el ruido del mar.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO Y ÚLTIMO DE LA PRIMERA PARTE, QUE TESTIMONIA AL MISMO TIEMPO QUE A VECES LOS ARADOS PUEDEN SER REFORJADOS CON ÉXITO EN ESPADAS, Y QUE KREMNEV VUELVE A ENCONTRARSE FINALMENTE EN UNA SITUACIÓN EXTREMADAMENTE TRISTE

Un campaneo solemne y armonioso despertó a los huéspedes forzosos del Albergue para los viajeros de las tierras de Riazán, a los que se les anunció rápidamente que en razón del fin de la guerra estaban todos libres, pero que quien lo quisiera podía quedarse para el desayuno.

La prisión se transformó inmediatamente en un animado albergue y volvió a adquirir su destino primitivo.

---

[17] Alusión a un proyecto del economista soviético Iu. Larin que, en 1918, para lograr que las ciudades fueran independientes de los campesinos, confió a los soviets urbanos la tarea de organizar la producción agrícola necesaria para las ciudades en las tierras contiguas con el trabajo de obreros extraídos de las fábricas. Sin embargo, el proyecto no fue puesto en práctica.

Cuando Kremnev se preparó para partir, el administrador le entregó un pliego con la sentencia de la comisión investigadora, en el que se indicaba que, por inexistencia de crimen, el ciudadano que afirmaba llamarse Kremnev Alexei debía ser liberado como los demás. La comisión consideraba inverosímil la versión acerca de su origen, pero no habiendo motivo para ver en la actitud del ciudadano que afirmaba llamarse Kremnev ningún elemento delictivo, la instrucción iniciada por Nikifor Minin cesaba.

Alexei decidió aprovecharse del derecho que se le había concedido a desayunar a expensas del estado sobre la terraza de su ex prisión y, después de haber ocupado una pequeña mesa, se sumergió en la lectura de un reducido volante lanzado por un vendedor de periódicos, con el comunicado oficial del fin de la guerra.

Alexei leyó que el 7 de septiembre tres ejércitos del contingente germánico, acompañados por nubes de aeroplanos, habían irrumpido en el territorio de la República campesina rusa, y en el lapso de veinticuatro horas, sin encontrar indicios no sólo de resistencia, sino de la presencia de la población, se habían adentrado cincuenta verstas, y en ciertos puntos directamente cien.

A las 3:15 de la noche del 7 al 8 de septiembre, de acuerdo con planes prestablecidos, los meteoróforos de la zona fronteriza dirigieron la intensidad máxima del flujo magnético sobre un área ciclónica de pequeño radio, y, en media hora, ejércitos de millones de hombres y decenas de miles de aeroplanos fueron literalmente barridos mediante espantosas trombas de aire. A lo largo de la frontera se levantó una cortina de viento, y trineos aéreos de la Tara socorrieron en lo posible a las hordas descalabradas. Dos horas después, el gobierno de Berlín hacía saber que cesaba la guerra, y que pagaría los daños que ésta hubiera causado de cualquier manera.

La forma que escogió el Consejo ruso de los comisarios del pueblo fue la siguiente: algunas decenas de telas de Botticelli, Doménico Veneziano, Holbein, el altar de Pérgamo, mil grabados chinos en colores del período Tang, así como mil toros reproductores de la famosa raza "Nur für Deutschland".

Las sonoras trompetas del ejército campesino tocaban marchas, y las notas del *Prometeo* de Skriabin, el himno nacional, agitaban el cielo de Moscú.

Kremnev bebió el café, terminó el roast beef y se levantó. Con la espalda encorvada, asombrado por los sucesos, descendió lentamente la escalera de la terraza, y solo, sin relaciones y sin medios de subsistencia, entró en la vida de un país utópico que era casi desconocido para él.